

ERCOLE LISSARDI

LA REPUTACIÓN DE UNA MUJER

Sonia es mi cuñada, legítima esposa de Leo, hermano de mi legítima, Cristina. Mi nombre es Andrés, y escribo esto por el puro placer de recordar, consciente de que, no bien me aburra del tema y lo cambie, deberé destruir estas páginas. Se verá por qué.

Leo y Sonia tienen dos hijos, Leandro, de 7 años y Maggie, Magdalena, de 5; Cristina y yo sólo una nena, Sofi, mi princesita, de 9. He argumentado en el sentido de que sería razonable tener un segundo vástago, pero Cristina, habida la experiencia, ha quedado convencida –aunque no lo exprese tan crudamente- de que hay en esta vida cosas más interesantes que parir y criar. Opinión por demás respetable. En los hechos, su profesión es su pasión. Se ha doctorado en Harvard en no sé qué tema de auditoría de empresas, lo cual le basta para juntar en las velas viento suficiente como para llegar a donde se le ocurra llegar.

En realidad los cuatro trabajamos y, que yo sepa, amamos lo que hacemos y ganamos buen dinero. Leo se prepara para tomar las riendas de la empresa de su padre –una fábrica de caramelos, turrónes e ainda mais-, Sonia es Psicóloga Social. Somos clase media, petite bourgeoisie, propietarios, patrones, nivel universitario. La clase que provee a la sociedad de inteligencia y creatividad. Una sociedad cuya clase media mengua o desaparece es una sociedad decadente, avanzando hacia su ruina. Nos sentimos orgullosos de ser lo que somos, no lo conversamos, pero basta con que se nos pinche para que ese orgullo mane. Basta de esto, que no es el tema de este memorándum. Podría borrar estas líneas sobre la pertenencia de clase. Eso indicaría una intención de pulir lo que escribo. Pero ¿para qué se pule sino para publicar? Y esa para nada es mi intención. Escribo por escribir, para renovar el placer vivido, como diría Casanova.

Más allá del placer propio de lo que relato hay para mí un placer que es inherente al acto de escribir y que identifico como el reverso del placer que encuentro en el acto de leer. Al leer se disuelve el ejército de garabatos de que está ordenadamente repleta la página que leo, el acto real de visualizar se transmuta en un acto alucinatorio de audición, de escucha: oigo al autor decir, para mí y sólo para mí, su relato, y es la certeza absoluta de las palabras y del tono que emplea lo que obra en mí la maravilla de experimentar como propia, como si fuera mía, la peripecia narrada. El narrador soy yo, yo soy ese otro que narra. Y si esa transmutación no se produce inmediata y espontáneamente dejo de lado el libro, porque no fue escrito para mí.

Como decía, en la escritura encuentro un placer que me parece el reverso del que encuentro en la lectura. En la escritura el acto alucinatorio de oír lo que la voz interior dicta a la mano que escribe se transmuta en el acto real de visualizar el río de garabatos que va cubriendo la página. El milagro consiste en que la escucha alucinada se transforma en una jungla de garabatos que dice, a su manera muda y simbólica, lo que la voz interior dictaba a la mano, que era, sin saberlo yo claramente, la peripecia que se me antojaba relatar, pero además, y misteriosamente, el sentido de esa peripecia. Más allá de la voz imperiosa que dicta y de la mano sumisa que escribe, o sea, que va liberando los garabatos, estoy yo, testigo absorto de la alquimia, absorto y deleitado al comprobar que el resultado de la cosa no carece de cierta gracia, de cierta elegancia que me hacen pensar que soy un tipo no exento de dotes y virtudes

fácilmente evidentes para quien pudiera apreciar mi escribir íntimo y privado en tanto proceso y en tanto resultado.

Lectura y escritura se igualan en esto: que llegados a la última línea, a la última gota de transmutación debidamente saboreada, toda la trepidante y fantasmagórica experiencia se disuelve en la nada, y, luego de un chisporroteo final exultante y exaltado, en el olvido. Nada guarda la memoria de estas alquimias. Al volver a leer o escribir tendremos que volver a partir de la vacilación, el desconcierto y la maravilla. Es una habilidad fuente de exquisitos deleites mentales o espirituales, como se prefiera llamarlos, que ya viene durando... ¿cuántos siglos? ¿Desde cuándo en los actos de inscribir y descifrar vienen manifestándose estas alquimias?

Compartir es la actitud natural de quien ha vivido una experiencia enriquecedora, de manera que el libro, una vez leído, lo presto, o lo regalo —muchos beneficiados no entienden la diferencia entre una y otra forma de generosidad. En cuanto a mis manuscritos —y siempre escribo a mano—, sábanas que conservan las trazas de arrugas, humedades y sangre de la cópula entre la voz y la mano, los someto a la ordalía del fuego para convocar una vez más al cumplimiento del sagrado dictatum de Bulgakov según el cual los manuscritos no arden.

Pero no es este mi tema. No he tomado la pluma (V7 HiTechpoint, de Pilot) para ocuparme de las alquimias entre lectura y escritura. Rara vez utilizo el anacronismo “tomar la pluma”. Al hacerlo ahora he imaginado que escribir con pluma (de oca, pato, pavo o lo que sea) sería el medio ideal para escribir como yo escribo, es decir, garabato por garabato, sin prisa y sin pausa. Con estas Pilot me da la impresión de que mi mano resbala sobre el papel, y las letras se descomponen amontonándose o estirándose sin ton ni son. Este asunto no es menor. Si el medio que se utiliza le impone su impronta a la escritura, entonces la escritura con pluma —y esto me lo imagino, porque nunca escribí con pluma una vez abandonado el pupitre escolar, y aun entonces no era con pluma de ave sino con plumín de acero que se practicaba la ortografía—, con el roce áspero de la pluma sobre el papel, que enlentece la escritura y la empareja, debiera de ser más adecuada para mi cuidadosa translación alquímica de voz a garabato.

Por supuesto que en esto juega también la calidad del papel: cuanto más grueso y poroso, el rascado de la pluma es más esforzado, la letra deviene más dibujada y el desfile de garabatos algo más ordenado y fácil de descifrar. En cambio con tecnología como la que ahora empuño es una tarea engorrosa descifrar el garabato, identificar las letras, amontonadas y estiradas, como decía, por los trazos convulsos que resbalan incontrolables sobre un papel de tan apretada trama que parece encerado. La Pilot agarra tal velocidad como si quisiera emular la velocidad de la imaginación, no da tiempo ni para separar las palabras, ni para soltar los tildes, ni para poner puntos sobre las íes ni palitos en las tes.

Súmese a las ventajas señaladas de la escritura con pluma las delicias del scratch que produce el roce, el rascado de la pluma sobre el papel, verdadera música que susurra la escritura, de tan discreta y monótona, tranquilizadora como un arrullo. Imagino el momento maravilloso en que la letra tiembla, líquida aún sobre el papel, como vacilando antes de decidirse a ser lo que está destinada a ser para toda la eternidad apenas apoyemos el secante sobre lo escrito. Ah, verdadera voluptuosidad de la escritura... perdida para la escritura con Pilot... aunque a decir verdad la V7 opera con la pista tan húmeda que también genera un mínimo titilar del garabato, sólo que ya no lo esperamos, y, en lugar de aplicarle el secante, le pasamos por encima, a la distraída, el filo de la mano, borroneando lo garabateado.

Cristina es delgada, flaca diría. A primera vista no lo parece porque lo disimula su elegancia hecha a base de ropa amplia –hasta para ir a la playa. Y sin embargo, puedo decir –nadie más autorizado- que su cuerpo, delgado o flaco, es armonioso: sus pechos son pequeños pero redonditos, frutos apetitosos, como de madona medieval, y tiene bien marcadas las caderas aunque sea de nalgas más bien magras. Tiene boca grande pero lo disimula porque sus labios son finos, les da colores tenues, y sonríe casi con pudor.

Sonia, tiene ojos de ratoncito, negros y vivaces, y ofrece, con su gran boca en V, sonrisas que subraya con colores llamativos, y que resultan tan expresivas como las del Guasón. Recurriendo al ratón y al payaso siniestro para presentarla, se comprenderá que no la encuentro precisamente atractiva. Nadie con una mirada tan vivaz y con una sonrisa tan marcada y desconcertante bailándole en los labios puede ser calificado como feo. Es intensa, sin duda alguna, pero mi rechazo es de piel, no hay química alguna.

De todas maneras es cierto que siempre desde que Leo nos la presentó, aún novios, me comportado con ella tan amable como pueda serlo, guardando sin embargo una especie de reserva, de distancia, no tan marcada como para serme reprochada. Amable más allá de las meras exigencias del parentesco, porque Leo es lo más parecido a un hermano que he conocido en mi vida. Huérfano de padre desde la primera infancia, haber encontrado en algún momento una amistad masculina –emparentándonos además- con quien experimento un sentimiento de cercanía tal como imagino que sería con un hermano, no es poca cosa. Es algo que valoro y mucho.

Sigo con Sonia. Es de cabeza más bien pequeña, tiene el pelo negro y lacio, lo lleva cortito, casi como un muchacho, sin habérselo tocado diría que grueso, áspero, y las orejas, puntiagudas hacia arriba le aparecen entre el pelo. Es baja y huesuda, de hombros anchos, sus blusas de inspiración andina, de abundante escote, dejan ver tetitas que no se antoja tocar. En fin... inútil insistir: no me atrae, no me gusta, punto. Para mí las mujeres se dividen entre las que me gustan y las que no. Es lamentable, indica que la sensualidad me domina, pero es así. Con las primeras me muestro, no invasivo ni guarango, pero sí zalamero. Con las segundas actúo correcto pero distante. Distancia, en el caso de Sonia, debida también a que su actividad profesional –la Psicología Social- rankea entre las cosas que me parecen menos interesantes en el mundo, y jamás fui capaz de mostrar interés alguno cuando, de sobremesa, le ha dado por hablar de sus cosas. Creo que Leo, que es inteligente y perceptivo, sensible diría, ha captado mi actitud hacia Sonia y, no explicándosela, se ha dolido, aunque en ninguna manera me lo ha reprochado.

En fin, todo esto para decir que Sonia era la persona, en todo el mundo, que me hubiera parecido, si me hubiera molestado en considerarla, como la menos probable para anudar con ella una pasión sexual. Pero además, para acabarla de chingar, como dicen los mexicanos, no sólo nos resultábamos mutuamente indiferentes –calculo que ella se sentía hacia mí tal y como vería a las claras que yo me sentía hacia ella-, sino que además nos veíamos prácticamente todos los días, porque éramos vecinos de puerta y los fondos de nuestras casas no estaban separados. Me explico: vivíamos, las dos parejas, en casas gemelas y simétricas, siendo la pared medianera el eje mismo de simetría, casas que Don Hugo Mesones había diseñado y construido para sus dos hijos, de modo que casándose no se alejaran uno del otro, y para que las poblaran con sus hijos, mandato que ambos se dedicaron a complacer, haciendo abuelos a sus padres en cuanto terminaron sus estudios profesionales. Don Hugo, hombre justo si los hay, hasta donde yo lo conozco, quiso expresar claramente con estas bellas casas gemelas y simétricas como las alas de una mariposa, que su amor por sus hijos era perfectamente

ecuaníme. Tuvo, por lo demás, un par de precauciones: la precaución de que la pared central o medianera de la doble construcción fuera, a veces decía que de doble y a veces decía que de triple ancho, y la precaución de ubicar los dormitorios en el ala distante de la medianera, expresando así su especial atención a preservar la privacidad de sus vástagos, protegiéndolos de los perjuicios de la promiscuidad, tan bien ejemplificados por aquella novela de Onetti. La construcción que don Hugo dedicó a sus hijos, parejas y prole, especie de monumento a su amor por su descendencia, no estaba menos cargada de significados y significados éticos y estéticos que el cono de Bernhard.

Pero basta por hoy. Mis arranques de pseudo-erudición no significan sino que me estoy poniendo especioso y espeso. Solo agregaré que los domingos los hijos y sus comitivas almorzábamos en casa de Hugo y Susana, apenas a un par de cuadras de distancia de las casas gemelas. Las sobremesas eran interminable, y, hundidos en cómodos sillones, saboreando un café o un cognac, pasábamos revista a todos los temas familiares o comunitarios de actualidad. Sobre cada tema cada uno presentaba su punto de vista y todos los puntos de vista eran cuidadosamente respetados. Ningún malentendido sobrevivía a aquellas verdaderas misas familiares, y si un mito estaba sólidamente arraigado entre nosotros era que todos éramos, los unos para los otros, perfectamente transparentes. Mito absurdo pero inofensivo si los hay, a menos que se pretendiera ponerlo a prueba.

Verano. Domingo. Despierto de la siesta como a las seis de la tarde. Cristina ya se ha levantado. Mi idea es cortar la modorra de la siesta haciendo efectiva la prestación conyugal, que, por razones que no recuerdo, no consumamos en la tarde del sábado como es nuestra costumbre. Recorro la casa. La nena tampoco está. Pienso que es posible que estén en casa de Leo. En shorts y camiseta, con la verga semi-tumefacta pendulándome cosquillosa, entro por la cocina, como de costumbre sin llave.

-Hola –digo, fuerte, como para que se me oiga en toda la casa.

-Estoy aquí –oigo que Sonia me responde-. En el dormitorio.

Está en medio del lecho conyugal tapada con la sábana que, con gesto obviamente coqueto, sostiene con ambas manos contra su cuello, como si temiera que se la fuera a arrancar.

-Se fueron todos al cine –dice con voz somnolienta, adelantándose a mi pregunta-. A mí no me gusta el cine –explica, y agrega, juguetona-. Me pone nerviosa.

Nunca la había visto en este plan. Melosa. Quizá, pienso ahora, porque rara vez estábamos solos. De todas maneras la V pronunciada de su sonrisa ponía un límite a lo melosa que se quisiera mostrar. Decido seguirle un poco el juego al que invita.

-¿Cómo es eso? –pregunto.

Debajo de la sábana, pero por demás evidentemente –la seda todo lo revela-, separa los pies hasta casi treinta grados.

-Era casi una chiquilina cuando descubrí que los bíceps de los actores y la oscuridad de los cines... complotan contra la virtud de las muchachas –ronronea.

Sentí que la verga pegaba un estirón bajo el short, indisimulable a juzgar por la manera en que su mirada ancla a la altura de mi vientre. La frescura, la penumbra y el silencio de la casa invitan al descare.

-¿Hace mucho que se fueron? –pregunto.

-Una hora –ronronea, significando que tenemos por lo menos una hora para lo que se nos antoje.

No soy un tipo irreflexivo. Si lo fuera le hubiera arrancado la sábana y la hubiera ensartado, sin más, que era lo que estaba pidiendo a gritos. Dejo que la onda de excitación me cubra y luego se aleje. Me parece increíble que se me esté ofreciendo. Me parece muy poco menos que un incesto. ¿Cómo es posible que las cuñadas no estén incluidas en el tabú del incesto? Por muy dura que tengo la verga, no siento el impulso, y si lo siento –compréndase que el momento es de confusión- también estoy seguro de que puedo controlarlo. Porque además, si cedo ¿después cómo me la saco de encima? Y Sonia no me parece confiable. ¿Cuánto tardarían en enterarse Leo y Cristina? Mi hermano del alma y mi legítima esposa... no me lo perdonarían jamás. Sería una debilidad obscena hasta la abyección. Para tomar lo que Sonia me ofrecía había que tener ganas de mandar todo a volar, con niños y todo. Y yo no las tenía.

Y sin embargo me quedo allí, apoyado en el marco de la puerta, mirándola, notoriamente en erección, porque las razones del cerebro y las intenciones de la verga están demasiado a menudo en contradicción. Sí, como si estuviera indeciso la verga empujaba como un carnero contra el frente del short. A Sonia la V de su sonrisa se le hace pronunciada casi hasta la caricatura. Separa más los pies. Las puntas de las caderas y el bulto del pubis se le hacen más evidentes bajo la seda.

Me doy cuenta de que no me voy porque espero unas cucharadas más del placer de verla pedir. Para luego huir en el momento justo. Es un juego cruel y peligroso. Sonia, que no tiene un pelo de tonta recela de inmediato el doblez en mi actitud pasiva. La sonrisita juguetona se le congela. Mejor así, pienso. Si la llevo a descarsarse por completo y después rajo me va a odiar. Va a ser como convivir con una serpiente venenosa, porque va a esperar el momento para vengarse.

Así quedamos, mirándonos, sin dar un paso en ninguna dirección. Recelosos. Como soldados de ejércitos enfrentados, mirándose por encima de la línea fronteriza, prontos para lanzarse a la batalla y al desastre. Hasta que hui, llevándome mi erección de vuelta a casa. Cristina y Sofi regresaron al rato. Cuando Cristina se acercó para saludarme con un beso puse su mano sobre la insobornable dureza del miembro.

-Tengo una emergencia –le dije al oído.

Me sonrió como se le sonríe a un niño que pide un poco de atención.

-Ahora voy –susurró.

En estas circunstancias le dice a la nena que mami y papi tienen algo que conversar y que nos deje tranquilos por un ratito. Sofi es obediente y, sobre todo, es inocente todavía. A mí me obedece. Mucho más a Cristina. La esperé en el dormitorio, con la verga a reventar. Estaba de falda y blusa. Siempre está elegante. Parece que siempre estuviera estrenando ropa. Y su elegancia me da ganas de cogerla vestida. Cuando entramos en la zona álgida me da la impresión de que Cristina abandona todos los controles y funciona en automático. No dice una palabra, y, a menos que sigamos alguno de los esquemas copulatorios que tenemos por demás fijados, simplemente se limita a obedecer la más mínima indicación. Desabrochando ya el primer botón de la blusa le digo:

-No te desvistas.

Baja las manos y queda a la espera. Me excita esta absoluta pasividad de Cristina. Podría pensarse que es la actitud de una puta dejarse hacer. Para nada. La puta pone en juego habilidades y engaños presuponiendo que esa performance es indispensable para la satisfacción del cliente. La pasividad de Cristina es del orden de la extrañeza: se mira poner su cuerpo a la disposición del otro –yo- a efectos de evacuar el estremecimiento orgásmico, y la pasividad de su disponibilidad sólo se disuelve cuando la oleada que la estremece, y a la que nunca intenta acelerar ni retrasar, la conmueve y la devuelve a su normalidad. Con las manos sobre sus hombros la hago girar hasta que me da la espalda. Sabe que esto significa que quiero que se arrodille en el borde de la cama, y lo hace. Le subo la falda. Las nalgas envueltas en puntilla blanca. Toda la ropa interior de Cristina es de puntilla blanca. Cristina es una persona antes que nada lógica, y su regla número uno en la materia es que los encantos de la mujer deben estar siempre presentados a través de telas sugestivas, delicadamente transparentes. Y nunca en colores groseros. Gris perla, crema, pero sobre todo blanco. La toco. Me lleno la palma abierta de la mano con su entrepierna. Sé que le gusta que le agarre así la concha, pero la perturba. Sé que aceptará que la lleve así hasta el orgasmo pero siente que no es lo suyo. Lo goza pero lo padece como algo vicioso. Obedece porque es su signo ser pasivamente usada, sin protesta.

Me hago a un lado para desnudar la verga, de tal manera que ella pueda verme. Lo hace, mirándome por sobre el hombro. La cosa se bambolea como un garrote. Desnudo la cabeza hinchada. Al descapotar el glande, brillante como si fuera de metal, se le encienden las mejillas y deja de mirar. Y si de solo arrodillarse sobre la cama, a la espera, se le humedece la vulva, llegados a este punto está literalmente empapada. Le bajo la bombacha y con ambas manos le abro el canal. Me deslizo dentro con toda la majestad con que la divinidad repleta el alma de los comulgantes. Sé que Cristina ama coger, que ama nuestros parsimoniosos rituales y rutinas, y sé que es incapaz de vocalizarlo, de decirlo abiertamente. Nunca le fue necesario. Nunca malinterpreté su pasividad.

La cojo lentamente, con todo el largo, empujando apenas en el fondo de la vagina. Sé cuál es su timing, su cuerpo es tan previsible como todo en ella. Cuando baja la cabeza hasta tocarse el pecho con la barbilla sé que se concentra porque está a punto de acabar, cosa que hace temblando con todo el cuerpo, cubriéndose su piel de rocío, pero silencio total. Sigo hasta que su cuerpo se apacigua y levanta la cabeza suspirando hondo. Es mi turno.

-¿Dentro?

-No.

Sabe exactamente los días en que es estéril. Nunca me los mezquina por temor. No duda en sus cuentas y sabe lo que me da en plus de goce. Acelero la cogida. Sé que si me aguanto lo suficiente acaba otra vez, sin protestar, sin resistencia. Lo goza pero lo padece como una especie de abuso. Pero yo no estoy para largas. Tengo el polvo casi en la boca del glande.

-Me voy.

Ágil y sin temor al ridículo se desclava y se sienta en la cama, para sin transición alojar cuanto verga puede dentro de su boca. Me aflojo y dejo el jugo de alma fluir hacia el resumidero que desemboca en la suya. Pediría perdón por el símil si calculara mínimamente que alguien va a terminar por leer esto. Mama, tragando directamente. Cuando no queda más la saca y la

exprime desde abajo como se exprime el pomo del dentífrico para sacar el último goterón. El más delicioso le oí decir una vez a una mujer golosa.

Nunca hubo alternativa, o acabarle en la vagina o en la boca. No aceptaba derramar la semilla en la tierra, como hacía Onán, ni en la alfombra, la ropa o las sábanas, o en la piel, dado el caso –ni hablemos de aquel otro destino, para ella innombrable. Nunca le pregunté por qué, ni mucho menos se le ocurrió explicármelo por propia iniciativa. Pero sé por qué es: cree que la semilla es sagrada, que derramarla fuera de los vasos naturales –así considera a la vagina y a la boca- es pecado, o trae mala suerte, o algo así.

Nos tendemos en la cama, de la mano, en silencio, unidos en el alma, así lo siento, realmente. Amo a Cristina, pero más allá de ella amo lo femenino. No sé serle infiel, pero menos sabría serle fiel. No todas pero sí algunas mujeres cuando me pasan cerca me ponen a vibrar como a un instrumento demasiado sensible, como pone a vibrar a un tigre olfatear su presa. Sólo le pido a Dios que me permita ser infinitamente infiel sin dañar a mi legítima esposa.

El auto de Leo tuvo un problema de motor y me ofrecí a llevarlo hasta la fábrica. No significaba para mí más que un pequeño desvío. Era esa altura del año en que las próximas vacaciones poco a poco se convierten en el tema que se repite en las conversaciones.

-Papá invita a una vacación de toda la familia unida en su casa de Piriápolis –dijo Leo.

-Sabés que a Cristina le gusta viajar. Quiere ir al norte de Brasil...

-Papá cumple setenta y cinco este año. Supongo que a esa edad uno piensa que cada vacación puede ser la última. Y no tenemos una vacación juntos desde que Leandro era bebé.

-Si Hugo habla con Cristina, no se va a negar.

-Y vos ¿qué vas a decir?

-Le voy a recordar que cada vez que se planifica algo en conjunto ella es la que termina ocupándose de todo.

Leo calló, aceptando.

-De manera que voy a opinar en contra –concluí-. Pero sin presionar.

-Es cuestión de organizarse un poco...

-No lo creo. Lo mismo para en los almuerzos de los domingos. Pero un mes entero... no me parece buena idea.

-No estás pensando las cosas como realmente son. Cristina siempre fue así. Se ocupa de todo porque en el fondo piensa que sólo ella sabe hacer todo bien. Si no se ocupa de todo no disfruta del momento.

-No estarás hablando en serio...

-Yo le reproché a Sonia su actitud tipo “Yo aquí soy la invitada”. Y ella me mostró cómo se conduce Cristina. Y yo sé que es así. Es mi hermana.

-Muy conveniente... Ya que le gusta, que se ocupe. Lo siento, Leo, pero aunque me digas que ese es el destino de Cristina, igual no me lo fumo.

Callamos. Pero Leo no estaba dispuesto a dejar el tema. Nunca se había metido antes con la imagen que tengo de Cristina.

-Mamá la hizo así. Mamá es muy perezosa. Le enseñó de niña a ser ama de casa, le fomentó la compulsión de ocuparse de todo. De bebé se ocupaba de mí. A los efectos prácticos ella fue mi verdadera madre.

Calló. Después, riendo para sí, como si bromeara, dijo:

-Ella fue mi objeto de amor edípico.

Callamos. Me pregunté si podría ser cierto lo que decía supuestamente en broma.

-¿No está ella ahora enseñándole a Sofi a hacer de todo? Me pareció ver eso...

No respondí.

-Ya ves. Repite la conducta de mamá.

Guardé silencio. Me pregunté en qué medida era así. Es cierto que Cristina insiste en que Sofi debe saber hacer todo, y todo bien. Y Sofi se quejó conmigo alguna vez de que un poco la asfixia. Pero ¿no está bien que una madre quiera enseñar todo lo que sabe? ¿Dónde está el límite? Me prometí estar atento a eso.

-En cambio Sonia –dije, cambiando de tema, un poco desafiante.

-Para Sonia todo fue diferente. Hija única. Los padres la criaron como a una princesita. En lo que refiere a su profesión es súper laburadora, pero en el resto es perezosa, zafa de todo lo que puede zafar. En buena medida soy yo el que se ocupa de los niños.

-Muy convenientes para ella las obsesiones de Cristina.

-Sí, pero no se la puede culpar. Ella se limita a ceder con gusto y sin culpa los espacios que se le piden.

Callé. Recordé a Sonia exhibiendo su desnudez bajo la sábana de seda.

-Es bastante gata Sonia ¿no? –dije, sabiendo que Leo no se ofendería por mi impertinencia. No recuerdo a Leo ofendiéndose por nada, y su pasaje bíblico favorito es el de poner la otra mejilla.

-Bastante.

-Pero pizpireta no es...

-¿Qué querés decir?

-Coqueta.

-No, no es coqueta... -dijo.

Y se quedó callado, como guardándose algo.

-A veces me pregunto... -dijo finalmente, como para sí.

-¿Qué? –insistí.

-Coqueta no es, ya ves que se viste de cualquier manera.

-Sí, su gusto no es impecable. El de Cristina es impecable.

-Y sin embargo, me pregunto... Porque creeme que es muy sensual...

Callé.

-Es más sensual que sexy... -dijo, como si hubiera alguna diferencia.

Comprendí que tenía necesidad de hablar sobre Sonia. Como si nunca lo hubiera hecho. Como si tuviera atascadas cosas que tenía necesidad de verbalizar. ¿Y con quien sino conmigo?

-Más de una vez me he preguntado... -arrancó diciendo, pero se contuvo, porque era algo difícil de decir.

Asumí que dejaba la frase a medias pero que sabía bien lo que quería decir y no decía.

-¿Y eso te importaría mucho? -animándome a saltar por él el obstáculo.

He dicho que para mí era como un hermano, pero era además, un hermano menor, sobre el cual tenía, aunque no argumentable, una suerte de potestad, de autoridad. En todo caso juzgó apropiado responder a mi pregunta a priori un tanto impertinente. Suspiró y se tomó todo un semáforo para responder.

-No sé -dijo.

Me detuve frente a la puerta de la administración.

-Un poco más adelante -pidió-. Prefiero entrar por el taller. Me gusta hablar con los encargados antes de llegar a mi oficina.

No bajó enseguida del auto. Algo le quedaba por decir.

-Los hijos ya los hicimos, y crecen felices. Y yo nunca pensé que el matrimonio debiera de ser veneno para la curiosidad y corral para el deseo.

Suspiró hondo.

-Que Sonia pueda tomarse algunas libertades y darse algunas alegrías... ¿No es mezquino negárselas?

Me miró como repitiéndome la pregunta con la mirada. Le sonreí.

-¿Y vos? -le pregunté-. ¿No te darías también tus alegrías?

Sonrió.

-La ocasión hace al ladrón ¿no? -y agregó-. Ratazo hacía que no conversábamos a solas. Y eso que como quien dice, vivimos en la misma casa.

-Cierto.

-Con el paso del tiempo aparecen temas nuevos -concluyó-. Que se repita, así te devuelvo las preguntas.

-De acuerdo.

El tema me siguió dando vueltas en la cabeza buena parte del día. Pensé que por muy abierto y generoso que se plantara, si le hubiera contado la oferta que recibí de Sonia se hubiera

desquiciado, porque una cosa es andar ofreciéndose por ahí y otra es ofrecerse al cuñado con quien se vive pared por medio. Me pregunté si estaría caliente conmigo. ¿Cómo me vería en ese caso? Que yo sepa, los ojos del deseo ven lo que la mirada común no registra. ¿Me verá tan mujeriego como yo me veo en el fondo del alma? ¿Por eso fue que se animó a ofrecerse?

Hugo y Susana son el caso –relativamente raro, opino- de la pareja que coincide en que sus hijos son unas verdaderas maravillas y que creen, además, que al así juzgarlos son rigurosamente objetivos. Hugo no sabe, al parecer, que al incluir a Leo en el staff de dirección de su empresa, aunque otorgándole en los hechos muy poco margen de decisión, lo tiene de adorno, impidiéndole desarrollar sus aptitudes, entre ellas la de actuar con independencia de criterio. A menudo elogia como tomadas por Leo decisiones que él mismo ha tomado, aunque no lo hace a conciencia: necesita creer que su hijo es capaz de tomar las mejores decisiones –o sea las que él mismo tomaría. En mi opinión, este sutil avasallamiento, ha generado un embrión maligno en la personalidad de Leo, que se manifiesta en una tendencia a la blandura, al conformismo y a la sumisión, perceptible quizá sólo para quienes lo conocen bien. Sin esa actitud de hermano mayor no tendría andamiaje alguno. En mi adolescencia pensaba que la ausencia de una figura paterna en mi vida era un hándicap negativo; hoy en día viendo cómo las dictaduras paternas van torciendo los destinos me pregunto si no ha sido una ventaja. Cada uno le busca el lado positivo a su condición.

Susana, por su parte, ha hecho de Cristina alguien tan obsesionado por hacer todo bien – obsesión que a la vez Cristina tiende a exigir de los que la rodean- que uno puede sentir todo el tiempo su rigidez, su tensión interior. Pienso que tarde o temprano esa tensión deberá estallar, y que si eso no ha sucedido hasta ahora es porque periódicamente Cristina se compensa permitiéndose discretas inmersiones en alguna forma del caos. Sólo dosis controladas de caos pueden permitirle mantener en equilibrio un sistema tan rígido. Lo extraño es que yo, que convivo con ella desde hace diez años, más dos de noviazgo, no le conozco esos momentos de compensación, aunque eventualmente pueda percibir en su actitud períodos de relajamiento, de alivio en la auto-exigencia y en la exigencia hacia los demás.

Intuyo, sospecho que tal vez esa manera pasiva tan suya de tener sexo, esa manera de dejarse hacer, de desprenderse de todo protagonismo plegándose a los cambiantes avatares de mi humor y deseo, pueda ser el hilo conductor, sendero en la espesura, el camino en el mar, huella en el desierto, que puedan llevarme a lo profundo del secreto que tal vez ella ni siquiera conoce. Seré, en el seno del hogar, el detective que hurgue para que la sospechosa termine por revelar la forma del caos en la que se relajan sus tensiones y se alivia su deseo. Introduciendo luz en su oscuridad la liberaré, dándole un control más profundo de sus equilibrios. ¿Más profundo? ¿Es razonable imaginar que la mente súper-alerta de Cristina ignore los mecanismos de sus compensaciones? Deliro. Pero si los sabe por qué, en aras de la plenitud y la transparencia de la pareja, no me los participa. ¿No lo hace? ¿Es éste otra vez el cuento de la carta robada, que no se la ve precisamente porque todo el tiempo está a la vista? Y yo, de mi deseo ¿qué le participo? La capa más superficial: la concienzuda fruición con que legitimo la pasividad de su entrega.

Cuidado, juego con fuego. Hielo quebradizo, pendiente resbaladiza, arenas movedizas, pantano. Si nuestro matrimonio funciona así ¿se justifica que ponga todo en riesgo inyectándole mis delirios? Ella sabe la dosis y la naturaleza del caos que necesita para

compensarse, tanto como yo sé con cuánto de la realización de mis deseos profundos me resulta suficiente para poner lo que tengo que poner a efectos de que el todo funcione. A menudo las personas que parecen más fuertes resultan ser las más débiles. Y de buenas intenciones está empedrado el camino del infierno.

Un sábado de mañana salimos, con Cristina, a caminar un poco dando una vuelta por el barrio. Nos detuvimos frente a una pequeña tienda de artículos para iluminación que nunca habíamos visitado.

-Sofi necesita una lámpara para su escritorio nuevo –recordó Cristina.

Entramos. Creo que una luz puede golpearte con tanta fuerza como para hacerte caer de tu cabalgadura. A menudo, sobre todo para dar la dimensión de impacto de un encuentro, recorro al relato de la conversión de Pablo en el camino de Damasco. No porque la conversión de Pablo me interese en particular, sino porque el relato es universalmente conocido, y porque expresa como ningún otro el momento de una epifanía. Me parece que con ese recurso digo lo que no podría decir mejor ni con mil palabras, y que al proponerlo, instantáneamente aparecerá en la mente del hipotético lector la maravillosa interpretación de ese momento que hizo Caravaggio.

Entramos, pues, y fue el flechazo total, cegador. Algo tan físico que Cristina lo notó y me preguntó, sorprendida, si me pasaba algo. El aura de ternura que emana de Felicia me había inundado, calándome hasta los huesos. ¿Cómo es posible que un simple y tranquilo ser Hy antes de decir una sola palabra, pueda generar, y entregar, una tan poderosa ola de ternura? No me parecía estar frente a un ser humano sino frente a una aparición. O como si, en una sala secreta del Palacio de los Oficios, hubiera encontrado una madona renacentista en la que la mano de un artista prodigioso hubiera puesto toda la dulzura de que es capaz un alma humana.

Felicia es alta, casi como yo, y su cuerpo es robusto, pero está hecho de deliciosas redondeces. Es trigueña, trigueña dorada, tanto en el pelo como en los ojos y en la piel. Sonríe apenas con sus labios carnosos, finamente dibujados, pero sonríe también con los ojos que son los encargados de revivificar con la luz de la ternura todo lo que tocan, mi corazón incluido. Lo supe desde el primer momento: Felicia no muestra más que apenas su sonrisa porque sabe que si la desplegara sería de escándalo, causaría corrientes de amor, o sea de odio, que le impedirían seguir cumpliendo con su humilde –aunque visiblemente feliz- destino de proveedora de artículos para la iluminación. No bien pude reponerme y flotar, apaciguado, en su aura, me dije que no habría nada que yo no hiciera para acceder a la intimidad de aquella mujer, porque cada vez que, mientras atendía a Cristina, su mirada derivaba hacia mí, me parecía leer en ella que estaba tan perturbada por mi presencia como yo lo estaba por la suya.

Felicia estuvo muy amable mostrándole a Cristina todos los modelos que disponía en lámparas para mesas de trabajo. Y Cristina quedó contenta con su elección. Y yo quedé embriagado con el fluido afectivo que me ofrecía con insistencia rayana en la audacia.

-Me gustó la tiendita –dijo Cristina al salir-. Tiene de todo, ordenado y limpio. ¿Qué te pareció la patrona?

-Muy simpática –dije, tan indiferente como pude fingirme.

El domingo por la mañana nos cruzamos con Felicia en el súper. Iba con su marido y sus dos pequeños. El hombre llevaba al menor, un bebote que caminaba tambaleándose, de la mano. Tenía pinta de burócrata estatal del montón. Se veía gris, blando, sin carácter y sin horizonte. Supongo que ella lo vería más bien como bueno y humilde, valores que tenía seguramente por apreciables. Si no, no me explico cómo pudo haberlo elegido para padre de sus hijos. En el fondo somos parecidos, habrá pensado. Hablo así por envidia, por despecho, por celos. De buena gana hubiera ido directamente hacia él y le hubiera arreado una cachetada pesada como un palazzo. Me dominó la idea de que tenía que intentar conquistarla, como si me lo debiera como venganza contra las injusticias que tiene la vida.

Nos cruzamos. Cristina la saludó y Felicia respondió, pero anclando su mirada en la mía con tanta fuerza que, durante un tiempo que me pareció eterno, todo en torno a nosotros pareció desaparecer, y tuvimos que ir girando el cuello para poder seguir mirándonos hasta que ya no era posible seguir haciéndolo sin escándalo. Tilín-tilín sonó la campanilla de la tienda cuando entré la mañana siguiente a las once y poco de la mañana. Estaba decidido a todo, y muy hipócrita tendría que ser para pretender que lo mío era un atrevimiento. Mi ansiedad era ya angustia, y en realidad, en el fondo hubiera deseado que efectivamente fingiera demencia para que no tuviera yo que seguir sufriendo por aquella dulzura espiritual que la vida había decidido que fuera para otro.

Pamplinas. Felicia acudió desde la trastienda y fue ¡blam!, como si instantáneamente cayeran todos los velos, todas las máscaras, todos los prejuicios y las ideas preconcebidas acerca de cómo debieran de ser las cosas, y nos reconociéramos, con terror y maravilla, cada uno como el destino del otro, incapaces de una palabra que ni siquiera intentábamos encontrar para disimular en alguna medida la desnudez del encuentro. Estábamos sorprendidos de que aquello estuviera pasando. Ella sabía que yo no podía sino venir, pero no osaba esperarme, y yo sabía que no podía sino acudir, pero no creía que me atreviera a hacerlo, no hasta que efectivamente sonó la campanilla.

Con un goteo como de néctares la sorpresa en su mirada mutó en dulzura. Sus ojos me decían sin más que sabía de qué se trataba con mi visita, y que estaba dispuesta a hacerse cargo de la parte que le correspondiera en aquello que yo le traía y le exponía sin más recurso para expresarme que mi silencio, mi mirada maravillada y el rabo que asomaba avergonzado entre mis patas. Ninguno de los dos estaba dispuesto a dar un paso para ir más allá del flujo maravillado de mutua entrega que nos envolvía. En ese instante sublime hubiéramos querido permanecer para siempre, pero los minutos corrían, pronto alguien abriría la puerta de la tienda y como simples seres humanos queríamos salir de aquella mañana única de la entrega con algo en las manos, con algo en la piel.

Era tan intensa la sensación de ser recibido en el seno de su ternura, que no pude sino preguntarme si la sensación podría ser más intensa al abrazarla, y si de serlo podría ser mayor aún al apropiarme de su cuerpo desnudo. Felicia, lo sé, como una diosa generosa se decía: He aquí otro cuerpo de hombre del que tendré que apaciguar la furia amorosa que le he despertado. Y sin más empezó a desabrochar los botones de su blusa. ¡Estábamos en la tienda! A través de las vidrieras veíamos pasar a los vecinos, apurados en sus compras de media mañana. Por un momento pensé que Felicia había enloquecido, o que siempre había estado loca y que yo había estado tomando por ternura el aura de su demencia.

Bajó las copas del sutién y emergieron sus tetas, espléndidas, grandes, firmes, con grandes areolas y pezones voluminosos. Era irreal, surreal verla detrás del mostrador exhibiendo para

mí sus grandes tetas. Se me despertó la bestia, se me hizo agua en la boca y estuve a punto de manoteárselas. Entonces, como si recién se diera cuenta de lo que estaba haciendo, Felicia miró hacia la vidriera tapándose con la blusa. ¡Había estado fuera de sus cabales! Su deseo de entregarme su cuerpo había sido durante todos esos largos segundos superior a cualquier principio de realidad o instinto de autoprotección. ¿Puedo yo, humilde proyecto de mujeriego, de seductor, de amador de todas las mujeres, despertar tal pasión erótica en una mujer sensata y digna de todo el amor y toda la ternura?

-Vení –dijo, y entró en la trastienda.

La seguí. No había ahí más que cajas de mercadería, una mesa de trabajo y una silla. Jadeando, con la boca abierta, con un gesto de desafío sin límites volvió a mostrarme sus pechos, tan poderosos como bellos y delicados.

-Vos sos el que ha venido a liberarme del sobrante de ternura que me ha quedado en las tetas –dijo con la voz espesa de pasión, tan terminante como indescifrable, y con un lenguaje insólita para mis oídos.

Di un paso adelante, con sus tetas me llené las manos, y me incliné para lavarme la cara con ellas como si fueran el agua fresca de una fuente. Puse mis labios sobre los suyos y bebí de ellos. Puse mis manos sobre su cintura y las deslicé hacia sus nalgas. Fue como si sus nalgas fueran la parte más sensible de todo su cuerpo. Apoyó su vientre contra el mío. Por debajo de mis brazos sus manos se tomaron de mis hombros como para inmovilizarme y frotó su pubis contra mi verga tensa por completo. La ayudé tomando con fuerza sus nalgas. Empujón tras empujón su jadeo se volvió rítmico. Dejó de besarme, incapaz de concentrarse más que en el orgasmo a punto de estallar.

-Decime tu nombre –balbuceó.

Se lo dije. La frotación era tan fuerte que dolía.

-Andrés... -recitó, como si mi nombre fuera una hostia que se disolviera en su boca y fuera a alojarse en su alma.

La delicia explotó y se expandió por todo su cuerpo. Tembló y se estremeció, se apoyó contra la mesa para no caer. Me acerqué y tomando una teta en cada mano seguí arándole el vientre con mi erección. No podía no acabar ya mismo. Ella sintió la inminencia. Me miró y vertió sobre mí toda la ternura de sus ojos llevándome directamente a la erupción. Pero justo antes, cuando estaba a punto de soltarme... ¡tilín-tilín!

-Seguí –musitó.

Obedecí. Retomé la posición, al borde del abismo.

-Ya voy, un minutito –dijo, alzando una voz tan normal como pudo componerla.

Me dejé ir, estrujándole las tetas y empujando contra la punta de su pubis como para perforar la tela de su vestido y clavarme en ella.

-Así, así... -musitó en mi oído.

Liberé su cuerpo del peso del mío y Felicia ordenó rápidamente su ropa. Salió a la tienda.

-Buen día, le traigo el pedido, aquí está la factura –dijo una voz de hombre.

-Buen día ¿cómo anda? –dijo Felicia. Y después-: Sí, está bien, tráigalo nomás.

Me senté en la silla. Respiré hondo varias veces. El derroche de pasión hizo su rebote y con cada inspiración profunda comencé a sentir que me recargaba de una energía tan formidable como para sorpresas insospechables. Felicia me miró desde la puerta. La madonna asoma. Me sonrío con esa dulzura que sólo ella. Tilín-tilín ¿el repartidor regresa? No, es una vecina que viene a por luminarias. Parloteo. Felicia como vecina charlatana. ¿Vulgar? No, deliciosa. Tilín-tilín, se va la vecina, vuelve el repartidor.

-Listo.

-Gracias.

Tilín-tilín. Y otra vez Felicia está en mis brazos, sumida en un beso insondable. La energía desatada se me transforma en una felicidad que me hace apretarla fuerte contra mi pecho.

-Mejor me voy –digo.

-Sí, esta es la hora ya que se junta más gente. Y estamos a fin de mes. Escuchame: de tarde mis hijos vienen aquí a hacer los deberes, y mi marido viene a ayudarme. De mañana es que estoy sola. Diez menos cuarto estoy aquí. Y hasta las once no pasa nada.

Fue mi error de hoy, venir después de las once.

-Vení pronto –dice Felicia apurada, práctica, ansiosa.

-En cuanto pueda.

La mirada de sus ojos sonrientes era tan intensa que sentí que su amor se me tatuaba en el corazón. Toda aquella belleza sería mía, pero solo por instantes, en realidad pertenecía a otro, me había sido negada para siempre, sólo me habían sido concedidas las migajas del banquete. Pues, bien, para mí esas migajas eran bocados succulentos y me prometí devorarlas tantas veces como me fuera permitido hacerlo. Al salir otro cliente entraba. Caminé las cuerdas hasta casa sin tocar el piso. Con un sentimiento de liviandad y con una sonrisa tan ancha como no había sentido desde los lejanos tiempos de mis primeras conquistas amorosas.

Existe gran diversidad de demonios, y cada uno actúa según su hora y modo. Con esto no pretendo demonizar ciertas debilidades humanas. Bueno estaría... Pretendo nada más establecer que, cuando un demonio está en funciones, todos los demás descansan y esperan su turno. Esta es la razón por la cual, cuando padecemos una debilidad, no nos acordamos para nada de las otras. Si padeciéramos todas nuestras debilidades a la vez, todo el sistema se bloquearía y seríamos incapaces de gozar de ninguna. El padecimiento es goce sólo cuando se produce en forma prolija y ordenada.

Creo que ya dije que los fondos de estas casas, gemelas y simétricas como las alas de un palacio, no están separados. Si lo dije también debí haber dicho que así lo quiso Hugo, pensando en utilizar el gran espacio resultante para regalarnos una alberca de buen tamaño, pensando en que nuestros hijos, sus nietos, la compartieran, conviviendo naturalmente en una comunidad familiar ampliada. Pero justo antes de que se comenzara a excavar la piscina Cristina vio una película vieja: Don't look now, y decidió que no habría piscina. Debe de haber tenido algún tipo de visión terrible, o premonición, porque no hubo manera de que diera marcha atrás en su decisión.

En su lado del fondo Leo lee, en short y camiseta, despatarrado en una reposera. Es la primera hora de la tarde, el sol pica y Leo se da sombra en la cara con un sombrero de paja. Por alguna razón que ignoro hoy volvió a mediodía o directamente no fue a trabajar. Mientras bebo limonada lo veo desde la ventana de la cocina. Enter Sonia, de minifaldita y musculosa, para mejor lucir sus flacos brazos. Se ha duchado, tiene el pelo mojado y se lo sostiene con una tiara amarilla. Se inclina sobre Leo, se mete en la sombra de su sombrero para besuquearlo, no lo deja leer. Leo lleva el libro a un costado y gira un poco la cabeza para poder seguir leyendo. Pero con la otra mano acaricia las nalgas de su mujer, le sube la minifalda como para mostrarme la entrepierna oscura e hirsuta. Sonia apoya una rodilla sobre un muslo de Leo y su entrepierna se abre por completo. Leo se la acaricia. La mano de Sonia constata el estado del bulto de Leo. Menea el miembro por sobre la tela del short. Así están un rato, jugueteando, como cachorros cachondos. Hasta que Sonia tironea del short de Leo hasta que lo tiene a medio muslo, entonces monta sobre su vientre dándole la espalda, toma la verga, se frota un poco la entrepierna con ella y luego se la clava, se apoya encima y la cabalga lenta y a fondo. Viciosa es la palabra. Leo, con el libro siempre hacia un lado y la cabeza un poco girada, sigue leyendo. Sonia levanta la cara y me ve mirándolos. Pone cara de muy gozada, para mis ojos. La cogida que Sonia se propina se hace más y más intensa. El brazo que sostiene el libro se vence y la cabeza de Leo se apoya en el respaldo. El libro cae sobre el césped cuando la cara de Sonia se vuelve hacia el cielo y abre mucho la boca para soltar ayes de placer que no llegan a mis oídos por la distancia y porque la ventana está cerrada. Sonia se relaja, suspira hondo, y vuelve a mirarme. Me parece que sus labios me dicen algo que tampoco llego a oír. Entonces Sonia desmonta y se arrodilla entre las piernas de Leo. Su cuerpo me oculta lo que hace pero el movimiento de su cabeza es inequívoco, se coge con la boca la verga de Leo. Leo la mira hacer, luego le pone una mano en la nuca para hacer más intensa la caricia. Y acaba, sin teatro, como concentrado en el fluir del semen, como si se durmiera. Sonia se ha tragado la emisión. Se para, devuelve el short a la cintura y se sienta en la falda de Leo, se recuesta sobre su pecho. Una siesta al sol.

El espectáculo me dejó con una gran erección. La masajeo por encima del pantalón de mezclilla. Me duele de tan dura. Pienso que falta un par de horas para que regrese Cristina. Normalmente llega a las cinco de la tarde, un poco antes que Sofi. Pienso que me va a ser imposible hacer nada con el garrote en este estado. Tendré que drenarme a mano. Estoy pensando en hacerlo en el sofá de la sala. Puedo imaginar que lo hago a la vista de nuestros invitados a cenar. Dudo si ir en busca de una toalla o si ponerme un condón cuando oigo llegar al auto de Cristina. Estaba ya en sintonía con hacerme una paja, pero cogerme a Cristina apenas llega de la calle, un poco sudada, ataviada con toda la elegancia que se gasta para ir a la oficina es una de mis opciones favoritas.

Entra, deja el portafolios sobre un sillón, se saca el pañuelo de seda del cuello. Me ve ahí parado esperándola, camiseta y vaquero, callado, ve mi actitud un poco tensa, antinatural, y sabe. Sabe de qué va, o de qué viene.

-Hola –dice, con un tonito aparentemente casual pero para mis oídos, que le conocen cada matiz, para nada indiferente.

Estoy seguro de que desde que me miró y captó la actitud reconcentrada, que bien me conoce, está mojándose.

-Muerta de calor –dice, como si no supiera lo que bien sabe porque se lo he dicho, o sea, que me encanta su olor cuando llega un poco sudada. Me encanta la mezcla que me ofrece de olor a calle, sudor y perfume francés tipo señora seria.

Tiene las mejillas coloradas.

-Vení, tomate una limonada –le digo.

Me sigue a la cocina. Le sirvo una copa de agua con limón y menta. Helada. La bebe de a sorbitos. Así es ella. Yo me la zamparía de un solo trago si llego cansado y acalorado. Bajo el cierre de la bragueta y saco la verga. Impresionantemente erecta. Soberbia. Libero la cabeza, con la piel brillante de tensa, y como pulimentada. Me quedo así, mostrándosela. Es como si le mostrara un salvoconducto que la obliga a todo. Cristina está ya en el trance erótico. Sé que no hará nada sino esperar órdenes, pero que dadas las órdenes se allanará a lo que le pida.

-Apoyate en la mesa –le digo.

Lo hace.

-Más –le digo-, con los codos.

Se apoya en la mesa con los codos. Me le paro detrás y empujo con la verga contra sus nalgas. Baja la cabeza, se le agita la respiración. Está mojada y excitada, la verga contra las nalgas la pone camino del orgasmo. Le levanto la falda, debajo lleva un viso, y debajo la bombacha de puntillas. Hago a un lado la entrepierna de la bombacha y deslizo los dedos por el canal anegado, pongo el glande contra la boca del sexo y me deslizo dentro. Quedo perfectamente encajado en la cueva cálida y húmeda. No me muevo. Siento como su vagina se contrae una y otra vez, como tratando de mamármela. Pienso que si alguien se la coge en alguna de las oficinas que transita durante el día –cosa que sé perfectamente que no sucede ¿por qué lo sé? porque se me antoja saberlo, porque en realidad prueba no tengo ninguna, y se me ocurre que Cristina con su actitud sexualmente sumisa debiera de ser una presa fácil para cualquiera que tenga una personalidad sexual avasallante-, si alguien se la coge en una oficina, decía, debe de ser a las apuradas, montándola así vestida y dándole una buena tanda de puntazos, con lo que hará sin duda acabar, y podrá así soltarse con un doble de goce: el de acabar habiéndola acabado, que no es poco motivo de felicidad sexual para un macho ambicioso y bien dotado. Sí, cualquiera con instinto sexual más o menos refinado sabe, de verla tan elegante, tan superior, tan olímpica, que es una mujer que, a sabiendas o no, busca verga, y que no rechaza una oferta que le sea impuesta de la manera apropiada, o sea, como algo que no se le permitirá que rechace. Clavado hasta los pendejos, inmóvil, le doy todo el tiempo que necesite para imaginar que yo soy ese otro, ese tipo con el que hoy mismo se cruzó y que la hizo mojarse aunque no se atrevió a tomarla, o que sí la tomó, o que la tomará otro día, quizá mañana.

Entonces veo que Sonia nos está mirando a través de la ventana de la cocina. Inversión simétrica con la que me paga con la misma moneda. La gran V de su boca me sonríe, la pequeña V invertida de su ceja se agudiza. Sé qué quiere decir su máscara socarrona: De eso mismo que le das yo quiero, y voy a tenerlo. Cristina, irradiando ya desde su centro, inicia un discreto, casi tímido culeo, casi como para pedirme que le dé lo mío. Me tomo de sus caderas y empiezo a darle, doblo un poco las rodillas para encajar el puntazo justo ahí donde sé que Cristina no tarda en perder el control. Miro otra vez a Sonia. Su boca me hace un Uau mudo. Tomo a Cristina por los hombros y la someto a un galope con el que sé que no puede. Sonia ya

no está. Cristina se tensa y baja la cabeza hasta tocarse el pecho. Abre los brazos y se toma de los bordes de la mesa como para evitar que el viento omnipotente del orgasmo se la lleve a volar. No le aflojo aunque siento que la bola de semen me baja en tropel desde la mollera. Cristina suelta un gemido ni vicioso ni lastimoso, simplemente un reconocimiento de derrota, y se estremece, y se derrumba totalmente floja sobre la mesa. Sigo de largo, jugueteando con la cosquilla cada vez agresiva bailándome en la cabeza de la verga. Me separo y no llego a decir nada cuando ya está de rodillas mamando. Se esmera en la mamada profunda, sinuosa. Sabe que no hay para mí placer más absoluto y pone todo de sí, como si fuera yo a acusarla de renuente o de falta de entusiasmo. Termina de tragarse toda la descarga y baja más para chuparme los huevos. Pongo la mano sobre su nuca y la devuelvo al glande. No debe dejar de chuparlo mientras queden migajas de la cosquilla.

Cristina se pone de pie, trata de guardar mi verga pero no puede, he quedado vacío pero con una especie de inercia de erección. Cristina me cuelga un beso suave sobre los labios.

-¿Querés más? –susurra, empuñando el tallo como para menearlo.

-No –digo sin énfasis.

Igual lo meneo, despacio, recorriendo todo el tallo. Después de todos estos años sabe todo de mí, todo lo que en ella me fascina. Por ejemplo esto, que me patee cuando estoy con la verga tiesa pero acabada. Viéndola practicar este servicio sin sentido, innecesario, caprichoso, es cuando más me gozo con su actitud sumisa.

-Dejame sentarme –dice, y antes de hacerlo se sube la bombacha y acomoda el viso bajo la falda.

Sentada, con una mano acuna los huevos y con la otra me masturba, morosamente, bien desde arriba hasta abajo. Siento el placer vicioso del gesto en el vacío, para nada. La lenta masturbación, sin cosquilla ni producto a la vista, me vacía la mente, me pone a flotar fuera del tiempo, me magnetiza, cuelgo ingravido de mi verga. Entonces desliza otra vez el largo dentro de su boca, encaja la punta en la garganta, mama apenas, muerde el tallo apenas. Respiro hondo. Cuando la saca ha comenzado a aflojarse. La guarda y sube el cierre del pantalón.

-Voy a darme una ducha –dice.

Voy al baño chico, me lavo, me miro en el espejo. No soy yo sino el otro, el que se la coge de parados en la oficina. Pienso en Sonia, haciéndose la cabeza al recodar como me cojo apenas llega, de parados, vestidos, a su soberbia cuñada, que todo lo sabe y todo lo hace tan bien.

Sobremesa de domingo en casa de Hugo y Susana.

-Hoy en día la mujer elige, y toma lo que se le antoja. Prueba y prueba hasta que encuentra, como siempre hicieron los hombres –dice Sonia, socarrona y provocadora, devolviendo el guantazo a Hugo, que se había referido a lo pizpiretas que son las mujeres hoy en día.

-Ay, no, Sonia querida. ¿En qué quedaría la reputación de las mujeres si se hicieran tan libertinas como los hombres? Y en ese caso ¿cómo se guiarían los hombres para encontrar a la madre de sus hijos? –respondió Susana, cosechando una buena tanda de sonrisas más o menos disimuladas.

Susana a menudo se hace la ñoña, lo cual no es sino otra forma de la coquetería. Hugo, que sabe saltarse los momentos de bobera de su mujer, finge distracción limpiándose los lentes.

-Susanita –dice Sonia, suavizando el tono-, el mundo cambia más rápido que las telenovelas. Hoy en día la palabra reputación sólo se usa en el ámbito profesional, y aún ahí generalmente se la usa ironizando.

-Ay, nena –dice Susana, fingiendo disgusto-, lo que decís no es cierto –como si pudiera presentar de inmediato pruebas concluyentes.

-Claro que no, mamá –interviene Leo, suspendiendo por un momento el uso del escarbadiantes, para ofrecerse como ejemplo y prueba-, yo elegí a Sonia como esposa por su reputación.

Por lo menos uno de los comensales calló preguntándose a qué reputación se referiría Leo.

-Vos no me elegiste a mí como esposa –estableció Sonia, firme y ambigua.

-Ah ¿no? ¿Cómo qué te elegí? –decidido a sumergir la conversación en la pavana.

-Vos no me elegiste a mí –subrayó Sonia-, yo te elegí a vos... Y no fue por tu reputación.

-¿No? ¿Por qué fue?

-Fue por una cuidadosa evaluación de tus posibilidades –declaró Sonia, buena para retrucar, y divirtiéndose.

-¿Y cómo me fue? –desafía Leo, bobón.

-Veremos. Tu prueba está entrando en el momento de máxima exigencia –dice Sonia, con un tonito que sugiere abundantes sobreentendidos.

Por lo menos uno de los comensales creyó interpretar con total precisión las palabras de Sonia. Cristina, por su parte los observaba callada y seria, como siempre, y por el momento decidía no meter la cuchara en el menjunje que se le presentaba como conversación de sobremesa. A Hugo le pareció el momento adecuado para retornar al tema pontificando un poco.

-Que yo sepa la mujer siempre eligió y tomó lo que quiso –expresó desde su supuesta gran experiencia en la materia-, pero con discreción, sin arrogancia. Como dice el refrán: el hombre propone y la mujer dispone.

-Papá, el dicho es: el hombre propone y Dios dispone –dice Cristina, con precisión quirúrgica, pero inclinándose hacia su padre y tocándole suavemente el brazo como para mitigar la corrección-. La variación que vos usaste es una ironía que utilizan los hombres entre amigos para consolarse de algún fracaso.

-Es lo que se llama un dicho burdelesco –aclaró Sonia, seguramente que molesta por la modesta erudición de Cristina.

-Pero de budel finulis –acotó Leo, rescatando del escarbadiantes el producto de sus afanes.

-¡Leo! Nada de ordinarieces –exigió Susana que no entendió bien lo de finulis.

-Puede ser, querida hija –dijo Hugo tomando la mano de su Cristina y besándole los dedos-, pero el dicho original me parece obvio, en cambio el derivado me parece útil.

Silba la caldera en la cocina.

-Traigo el té y el café –amaga Susana, sin llegar a pararse.

-Yo voy, mamá –dice Cristina parándose.

-Te ayudo –digo, siguiéndola.

Cosas que me fascinan de mi mujer: es capaz de servir la infusión y pasarle la taza sobre el platillo a quien corresponde sin que le tiemble el pulso y la porcelana castañetea.

-¿Azúcar o edulcorante? –le pregunta a Sonia, a quien dejó para el final.

Se lo pregunta aunque sabe lo que prefiere, como sabía lo que preferían los demás, a quienes sirvió antes. Hace siete años que es su cuñada. ¿Por qué se lo pregunta? Lo ignoro. Trato de encontrar una razón y no la encuentro. Sólo sé que en su alambicado sistema de relacionamiento con los demás esa pregunta superflua tiene algún sentido preciso, aunque yo no pueda verlo. Me preguntó cómo reaccionaría Cristina si supiera que Sonia nos vio cogiendo, vestidos y contra la mesa de la cocina.

-¿Vos qué pensás de lo que hablábamos? –le pregunta Sonia.

-¿O sea? –pregunta Cristina.

-De la reputación de las mujeres –dice Sonia.

-Pienso que el que ama verdaderamente –dice Cristina y hace una pausa para un sorbito de té y para encontrar las palabras justas- Quiere saberlo todo de su amante.

Habla mirando al piso. Tan inteligente y precisa como es, sabe no ser arrogante, y respeta cuidadosamente todas reglas y los modos del pudor.

-Por consiguiente –continúa- la última cosa que quiere es que alguien pueda venir a decirle de su amante algo que no sabe.

La pedantería irrefutable y lógica con que Cristina presenta siempre la formulación más extrema del asunto de que se trate, nos dejó, como suele suceder, cortados.

-Ah, bueno –dijo Sonia burlándose veladamente, molesta por la limpieza con que Cristina le sacó la alfombra de debajo de los pies, no por primera vez.

-Esa es mi nena –dijo Hugo, orgulloso-, oyéndote me parece oír a mi madre, igual de romántica.

-Deberías de dedicarte a la política –observó Leo.

-¿Ah, sí? ¿En qué partido, si se puede saber? –dijo Cristina soltando una risita nerviosa, como si su pedantería hubiera sido un poco una broma.

-En la derecha radical y fundamentalista, por supuesto –coronó Leo.

-Siempre soñadora –dijo Susana-. Ni siquiera en una pareja perfecta existe lo que decís –aseguró, implicando que lo sabía por experiencia, cosa que Hugo se limitó a comentar alzando simultáneamente ambas cejas.

-¿Vos pensás que tiene razón mamá? ¿Qué es imposible? –me preguntó Cristina con una sonrisita irónica, sabedora de lo poco que me estimula mezclarme en las conversaciones de sobremesa.

Y estar con o contra los extremismos de Cristina no es mi entretenimiento favorito.

-Yo lo que pienso, con todo mi inalterable respeto para los presentes –dije, mirándolos uno por uno, con una sonrisa amable en los labios, como para que nadie se diera por aludido con lo que iba a decir-, es que las discusiones sobre moral matrimonial, en un ámbito pequeño burgués encallan a menudo en un pantano de hipocresía.

-Y en el rincón opuesto tenemos a un noqueador muy experimentado... -dice Leo impostándose como narrador radial.

-No puedo elegir entre virtud y libertinaje porque ambos términos me son ajenos –declaré.

-Andrés, vos y Cristina son tal para cual –mechó Sonia-. Expertos en zafar.

-Yo no zafé de tu tema, Sonia –dice Cristina, tranquila como el ajedrecista que tiene ya en su mente el jaque mate-. Para mí una mujer tiene reputación si su idea de la pareja es la que dije. No puedo ser más clara.

-¿Y si no comparto tu idea? –desafía Sonia, como si la raya que pintó Cristina le pareciera particularmente odiosa, de hecho como si la postura de Cristina implicara una velada crítica para ella y su idea, cosa que no creo que lo fuera, porque me consta que Cristina nada sabe de la moral sexual de Sonia, más allá de lo dicho en la sobremesa.

-Bueno, Sonia, comprenderás que ese no es mi problema –dijo Cristina un poco condescendiente.

-Muy bien –dice Sonia, y volviéndose hacia mí-: Y vos, aparte de querer escurrir el bulto ¿estás de acuerdo o no con la exigencia de tu esposa?

-Valiente el uruguayo bailotea contra las cuerdas... -recomienza Leo.

No sé por qué acepté el desafío. Podría haberme salido por cualquier tangente. Quizá lo hice para continuar el diálogo mudo y clandestino que tenía con Sonia, con la intención final de efectivizar su oferta. Y todo esto a expensas de un disgusto para Cristina... Tendría que compensarla.

-La regla sublime que propone Cristina es imposible de cumplir –dije finalmente-. Pero está bien que exista porque nos recuerda aquello a lo que debemos de aspirar.

Cristina se limitó a sonreír, como aprobando la sinceridad de su discípulo.

-La reputación de la mujer no existe –agregué entonces-, pero no debemos lamentar su desaparición, porque nunca existió. Fue un invento de los hombres para sojuzgar las pasiones de las mujeres, obligándolas a negar sus deseos. Medida esencial para preservar la pureza de la línea de herederos del apellido y de las haciendas –concluí.

Al callarme todas las miradas derivaron hacia Cristina, atentas a su reacción. Cristina se limitó a hacer más pronunciada su sonrisa búdica y a mostrar las palmas de las manos, implicando que cada uno debía de mirar por sí mismo en este asunto. Ella, como acostumbraba, se había limitado a poner el listón suficientemente alto como para que nadie lo alcanzara. Y las cuentas por mi opinión no me las iba a pedir en público. Con lo cual el tema se dio, por el momento,

por terminado. Los niños, ya hartos de jugar al Monopolio sobre la mesa del living, exigían que los adultos terminaran con la cháchara y les dieran bolilla, cosa que hicimos.

Después, en la cama, deslizándonos en la modorra de la hora de la siesta, Cristina preguntó:

-¿Vos querías que pongamos en uso el criterio, la regla sublime, según vos, que fijé?

Decir que sí hubiera sido meterme en camisa de once varas. Prefería caminar por la angosta cornisa de la verdad.

-No –dije-. ¿Y vos?

Tardó en responder. Comprendí que hubiera preferido que respondiera diferente.

-Tampoco –respondió con tono un poco mustio.

-Es raro, porque estoy seguro de que no tenemos nada que ocultarnos –dije como para compensarla.

Tardó en hablar. Suspiró hondo antes de hacerlo.

-No es ese el punto, Andrés. Es imposible decir todo de sí, aunque se lo supiera. Que no se lo sabe.

Calló y segundos después su silencio era el del sueño. Su apostilla profundizaba el misterio. Quizá era su manera velada de confesarme que había descubierto en ella deseos que ignoraba. Bienvenida al club en ese caso, pensé. Y felicitaciones por haber encontrado la manera de decirlo sin decirlo, porque es notorio que ventilar ciertos asuntos sólo puede llevar a la obscenidad y a la degradación de las costumbres.

Tilín-tilín. Felicia no está en la tienda.

-Voy enseguida –dice desde la trastienda.

Y comparece. Tengo una bola de ansiedad, intragable, trancándome el ser, porque no paro de preguntarme si este enamoramiento irresistible, este endiosamiento en el que hemos aparentemente incurrido no es una especie de alucinación. No lo es. Ve en mis ojos la desbocada ansiedad, y el aura amorosa de su mirada nos envuelve de inmediato. En ese instante he visto que soy yo, mi presencia, lo que activa el aura en que me recibe. Me ama. Soy único para ella, alcanzo a pensar en medio de la bruma amorosa que me envuelve.

-Una semana –dijo con una sonrisa dulce en los labios, como una madre que reconviene amorosamente-. Pensé que no querías verme más.

-No es eso... -balbuceé.

Me tendió la mano por sobre el mostrador y la tomé. Tironeó de mí hacia el final del mostrador y luego hacia la trastienda. Me abraza con toda la fuerza de su cuerpo fuerte. Me ofrece la cara, mis labios se derriten sobre los suyos y los suyos se derriten sobre los míos. Sublime licor del que bebemos como dos sedientos. La abrazo apretándola hasta sentir la vida de sus pechos contra mi pecho. Mi oreja acaricia la suya. Oigo la música de su alma como se oye la música del mar en una caracola.

Nos separamos un poco como para recuperar el aliento. Felicia viste un saquito de hilo, una blusa con puntillas en el cuello y una falda plisada por debajo de las rodillas. Ve que la miro en detalle y se aleja un poco más para que la vea mejor. Se siente elegante y bella para mis ojos. Ella es ella para mí. Se da la vuelta como una modelo. La tomo de las caderas y le arrimo el bulto. Me inclino para besarle el cuello, la nuca. Se apoya suavemente contra mi cuerpo.

-Mi amor... -dice con un suspiro.

Ondulando navego su cuerpo laxo. Es así. De verdad. El cuerpo amado es de pronto un mar en el que todo a lo largo uno navega, maravillosamente ajustado, como la quilla del velero y la onda marina. Así era estar uno en brazos del otro, como sonámbulos, yendo de sensación en sensación, como si se hubiera abierto una uña de no tiempo en el tiempo y en ese pliegue escondido fueran a caber todas las formas del amor que pudieran nuestros cuerpos inventarnos. Cosa por cosa, como en cámara lenta. Inconscientes pero con una espantosamente aguda conciencia de lo que cada gesto mutuo, cada contacto de la piel y las mucosas significaba, como en una especie de contabilidad trascendental. El flujo de su ternura como el más veloz de los intravenosos se expandía hasta el último rincón de mi ser. Comprendí que ya nunca se vuelve a ser el mismo después de amar así. Y nada volvería a ser lo mismo para ella tampoco. Abrazados nuestros cuerpos astrales comenzaban un vuelo sin retorno. No importando qué vida nos hubiera tocado vivir ya no volveríamos a estar separados. Me impregnaste, soy tuyo. Te impregné, sos mía. Sus labios rosados, de seda, diseñados con líneas exquisitas se estiran con una sonrisa que me parece de sorpresa, como si pudiera oír mis delirios.

Le devoro la boca pero no se deja hacer pasivamente y me devuelve la furia del beso. Le como la lengua, le cuento los dientes, me trago su saliva, le muerdo la pulpa interior de los labios, y finalmente siento que se abre, se afloja, se entrega al saqueo. Trato de zafar del halo de ternura a que me somete. Tamizar la ternura porque no puedo con tanta. Es como tapar el sol con un dedo. La tomo de las nalgas y le aprieto la verga contra el vientre. Nalgas fuertes y firmes, como de campesina. Mis manos suben a la cintura y luego siguen subiendo, duras, codiciosas. Le estrujo las tetas por sobre la blusa. Se le escapa un grito. Me atraviesa como una puñalada la absoluta convicción de que nunca he tenido en mi vida un momento de pura demencia amorosa como este, y que no volveré a tenerlo. No al menos sin ella, sin Felicia. La demencia amorosa de aquel momento se me destila en solo dos palabras: nunca jamás.

-Esperá -dice de pronto, y corre a la tienda.

Mientras me saco la chamarra y quedo en camiseta oigo que cierra la puerta con llave. Nunca jamás. Sí, nunca jamás. Es todo lo que rebota en el laberinto de mis entendederas, como rebota el grito de los murciélagos en la oscuridad de su caverna. Mete las manos por debajo de mi camiseta y me clava las uñas en los flancos. Sí, así es, despertame. Tan solo otro hombre y otra mujer. Baja el cierre del pantalón. Le cuesta sacar la verga de tan dura que está y tan aprisionada por la ropa. Finalmente la saca y la empuña, como quien empuña un garrote. La fuerza de su mano, es como la mano de un hombre. Saca después a los compañeros, pletóricos. Los acaricia con la mano ansiosa, como si los fuera a arrancar.

-Sentate -dice, con la voz caliente.

Se levanta la falda. No lleva ropa interior. En Felicia su vientre desnudo es un gesto delicado que exhibe sin palabras su ansiedad. Su vientre es aún más trigueño. Sus muslos son poderosos. Se abre el canal pasando separando los labios con el dedo medio, y luego dirige la

estaca al lugar preciso. Se le sienta encima con un suspiro de alivio total. La engulle por entero, de un solo bocado. Entonces nos miramos, unánimes en la admiración por lo perfecto que es el ajuste de nuestros cuerpos, Parecemos hechos para encastrarnos. Es algo que yo nunca antes había sentido. Su mirada maravillada me dice que tampoco ella antes lo había sentido. Su piel interior ajusta como una vaina hecha especialmente, plegándose centímetro cuadrado por centímetro cuadrado a la piel de mi verga. Nos miramos a los ojos, incapaces de verbalizar lo que es evidente de toda evidencia para los dos. Desnuda su pecho, me ofrece las tetas, grandes y firmes, una en cada mano, juntándolas hasta que los pezones casi se tocan, ojos enormes, rosados y pálidos mirándome con amor. Esa, la mirada amorosa de las tetas, es, entre todas las posibles, la imagen perfecta de la ternura. La lujuria del amante es una bestia voraz y se le ofrece, en bandeja, el plato exhuberante. Mirándome a los ojos Felicia se estruja los pechos y suelta un suspiro que le viene desde lo más profundo, como si así se aliviara de una sensualidad insoportable.

-Anoche te sentía aquí –dice-. No podía dormir, hasta que te sentí tan intensamente al lado mío que todo estalló y me desmayé.

-Mi amor –le respondí-, yo anoche soñé que era una pieza suelta de un rompecabezas y que rodaba por el espacio interestelar en busca de mi lugar.

-Tu lugar es este –dice Felicia-. Debe de serlo porque por primera vez siento que el rompecabezas de mi cuerpo está completo.

Me inclino para llenarme las narinas con el olor de su pecho. Los oprime como para ofrecerme el jugo de dos frutas reventonas. Me acaricia las mejillas con uno y con el otro. Mamé de los pezones como si hubiera aún en ellos algo de su leche.

-Chupá fuerte –me dice con dulzura-, todavía le doy pecho al más chico.

¡Había leche! ¡En las dos tetas! Mamé con verdadera gula, de una y luego de la otra, insípida, tibia y gloriosa.

-No puedo más –anunció Felicia, al borde de un abismo invisible pero irresistible.

Cerró los ojos y se estremeció.

-Me llenás toda, estoy repleta, completa –murmuró apenas audible, desvariando-, y me vacías toda...

Nunca había sido testigo de un tan absoluto resplandor orgásmico. Su cuerpo ondulaba y se estremecía como inyectado por una fuerza deliciosa. Le lancé el chorro directamente en el cuello del útero. Al sentir la emisión dijo:

-Ahí, sí, justo ahí –y frotó sus dulces pendejos trigueños contra los míos negros y enroscados.

Meneó apenas las caderas, y seguí acabando. Así quedamos. Felicia con los ojos cerrados, gozando de la leche derramada, yo con la estaca dura, pronta para coger, para empezar a coger, según ella. Oímos como alguien intentaba abrir la puerta, no pudo y tocó timbre. Felicia, bajada de su Cielo, regresada a la condición en la que se preocupa por todo, respiró hondo y lentamente se puso de pie, manteniendo la falda a la cintura para ver el amoroso desalojo. La verga dura vibraba pronta para lo que siguiera. De la hendidura de Felicia, abiertos los labios, manaba mi semilla. Felicia sacó del bolsillo un pañuelo y se lo puso en la entrepierna. La

belleza de Felicia haciendo aquella sencilla y discreta maniobra de la intimidad genital femenina me llenó el corazón. Se acomodó la ropa. Se asomó apenas a la tienda.

-Se fue –dijo regresando a mi lado-. Ya volverá.

Miro la hora, eran las once menos cuarto.

-Sí, ya tenés que irte, pero espera un poquito... -dijo arrodillándose entre mis piernas.

Empuñó la verga y se la metió en la boca hasta donde pudo. Apenas la tuvo alojada empezó a gozar. Gozaba como nunca vi gozar una mamada. La gozaba como si la tuviera trabajándole la vagina. Su boca no era un instrumento más para darme placer, era otra concha. Felicia, ser dulce y espiritual si es que los hay en este mundo, tenía, como premio a su suprema virtud amatoria, dos conchas. No pude con eso. Tiré la cabeza para atrás, cerré los ojos y me concentré por completo en la cabeza de la verga, en soltarle lo que me quedara en los huevos antes de que volvieran a interrumpirnos.

-Mi amor... -me oí decir-, mi amor... mi amor... -y obediente la verga soltó la emisión.

Felicia se tomó del tallo con ambas manos, su cuerpo onduló y mamando del glande tragó todo lo que quedaba de aquella maravillosa mañana de amor. Ahora sí, mi demonio enano y furibundo quedó suficientemente aplacado. Felicia siguió lamiéndolo hasta que resultó completamente inofensivo. Mirándola poner mi ropa en orden sentí una especie de piedad por nosotros. Estábamos poseídos por la urgencia de saldar con lo que fuera, con palabras, con miradas, con gestos, con actos, con cópulas, aquello fantástico, fuera de lugar y de lógica que nos sucedía. A saber a dónde nos llevaría la demencia amorosa. En aquel momento, si por mi fuera, nada habría que yo no estuviera dispuesto a sacrificar en la hoguera de aquella pasión.

-Te juro que nunca antes... –musitó, apaciguada.

-Lo sé... Yo tampoco –le respondí.

Se subió la falda, se sacó el pañuelo de la entrepierna. Estaba empapado, le hizo otro dobléz y lo volvió a colocar.

-¿Siempre estás sin bombacha? –pregunto poniéndome la chamarra.

-Cada mañana pienso que vas a venir.

Nos abrazamos dulcemente, con todo el cuerpo.

-¿Y no te excita estar desnuda debajo de la falda?

-Me excita pensar que llegás y me encontrás pronta –susurró en mi oído.

-Y ya a mediodía, cuando sabés que ese día no voy a ir ¿podés resistir el llamado de tu propia desnudez?

-No, no puedo, me toco –dice-. Si no me tranquilizo no podría hacer nada en el resto del día –dice alejándose para mirarme a los ojos, desafiándome a ser tan sincero como ella.

-Mi amor... -es todo lo que pude decir.

-Prometeme que cuando estés cogiendo con tu mujer vas a estar pensando en mí –pidió, desafiante.

-Lo prometo –dije, preguntándome si sería capaz de hacerlo, si acaso recordaría esta promesa.

-Yo te prometo que cuando esté cogiendo con mi marido voy a estar pensando en vos –dijo entonces, el doble de desafiante.

Callé, por instinto supe que uno no mide amores con una mujer enamorada. Nos abrazamos con fuerza, más, con violencia, como si fuera el último abrazo al ser separados para ser fusilados.

-Te vas y no te vas –musitó entre besos-, porque me quedo con tu semen dentro de mí. Es como si tu orgasmo se hubiera dormido dentro de mi cuerpo.

Otra vez alguien intenta abrir la puerta, no puede y toca timbre. Felicia va, abre, tilín-tilín. Una vecina, la misma que vino antes. No quería comprar nada. Sólo saber por qué estaba cerrado.

-Estaba haciendo el inventario –le explica Felicia paciente y amable.

En las mismas circunstancias yo hubiera sido incapaz de una respuesta tan moderada. Estaba cogiendo con mi amante, hubiera dicho. Dios la bendiga. Por la paciencia y por la sonrisa de mujer satisfecha, redonda, perfecta con que me despidió desde detrás del cristal de la puerta.

En la cama con Cristina. La luz apagada. Respirando hondo para convocar al sueño. En la oscuridad, sin que podamos vernos las caras, y al borde del sueño me da la impresión de que somos más honestos, más despojados de máscaras, roles y defensas. ¿Por qué tiene que ser siempre así, por qué tenemos que estar siempre, o al menos hasta que se apaga la luz, representando personajes? ¿Por qué es necesaria la brecha entre la cara y la máscara, entre lo que somos y lo que somos para los demás? ¿Qué tememos revelar si no estamos representando algún personaje? ¿Es tan importante para nosotros -o sea, para Cristina y para mí- nuestra relación que tenemos tal pánico a revelar algo que pudiera resultar inaceptable, algo que traicione la imagen original, la que al comienzo de la relación nos vendimos el uno al otro para seducirnos? ¿Es tan importante esa imagen original que transformarla, así sea para enriquecerla, solo puede ser traicionarla? ¿Es sano un amor a tal costo? Es el tema del cuento de Onetti. El tipo rompe la promesa original de pureza y se desencadenan sobre él las furias del infierno.

Esta horrorosa necesidad de mantener incólume aquella imagen prístina... Pero ¿en qué consistía el Andrés que le vendí para seducirla? Ni me acuerdo. Tendría que ponerme a pensar. Cristina, ya lo dije, es de altas exigencias. Fidelidad absoluta, transparencia total, y todos sus derivados, ideales y principios nítidos, rechazo total a toda corrupción de la duda, mente sana en cuerpo sano. ¿Es Cristina así? ¿Es alguien así? Alguien con este lote a cuestas hace de su máscara su cara, sin brecha alguna? No yo. Ni creo que Cristina. No, tampoco ella. ¿Por qué tuvo ella que asumirla, y por qué tuve yo a mi vez que asumirla, so pena de no ser aceptado por ella? ¿Y qué es tan grave en lo que tendríamos que revelarnos hoy para cerrar la brecha? ¿Y si lo hiciéramos esos nuevos yo más auténticos se amarían como nos amamos hoy en la angustia de sostener estas máscaras imposibles?

¿Qué tendría yo para revelar, qué es lo que oculto? ¿Qué mi deseo es tal que no hay mujer que no tenga con qué cebarlo? ¿No se puede amar a un hombre así, vivir con un hombre así, darle una familia a un hombre así? ¿Es imposible que sea mi mujer la cómplice de mis andanzas sexuales? ¿El cuerpo de las otras me convierte en leproso para la mía? ¿No habrá

una Elvira que opte por el amor y no por la venganza? ¿Y ella, qué tendría para revelar? No lo sé. Después de diez años de matrimonio, amor, convivencia y sexo esa respuesta no sino una gran derrota. Por lo menos me lo pregunto. ¿Cristina lo hace? Sabe que no soy transparente, pero ¿imagina lo que tendría para revelarle? Me pregunto si es posible revertir el conjunto de la situación o si terminaremos por descender a la huesa como dos perfectos desconocidos en aquello que realmente nos importa.

Esta página es diferente a todas las anteriores. Es decir: la escritura en tanto suite de garabatos luce diferente. Tal parece como si, para frenar la velocidad de patinador sobre un espejo que toma la Pilot V7, me hubiera decidido achicar y separar las letras hasta que lo escrito se hiciera indescifrable pero de otra manera. Procesión de hormigas, huellas de patas de pájaros sobre la arena húmeda, árboles desnudos en un paisaje nevado, trazos como los que en Michaux terminan por sustituir a las palabras. Ya no se trata de palabras en fuga, empujadas por el flujo irresistible que las enreda y las estira hasta convertirlas en hilos sin relieve ni sentido alguno. Preñadas por la reflexión, o sea, por la duda, pesadas, las letras caen una por una como los tic y los tac de un reloj, emergen en el blanco del papel arduamente dibujadas, como bultitos sin gracia y sin vuelo, resistiéndose caprichosas, pidiendo garantías de identidad, pidiendo correcciones mínimas y fastidiosas para dedos que están acostumbrados a otras libertades en la escritura. Cada tanto el forcejeo confuso y complicado termina en catástrofe: hartó el Pilot V7, furibundo, pasa y repasa un proyecto de letra hasta hacer de ella una mancha negra de la que ya nunca jamás podría emerger letra alguna.

No es por casualidad que... CA-S-U-A-LI-DA-D, así fue la secuencia, retrocediendo para cerrarle la mollera a la A, para estirarle la colita a la S y para agregarle a la l altura y el globito, sin el cual según ella no se halla. No es por casualidad decía... alarmada por la exposición pública que hice de sus veleidades CASUA-LI-DAD así se presentó esta vez, mucho más cerca del trazo único con que se la hubiera despachado páginas atrás. Por fin: digo que no es casualidad que este golpe de timón en la escritura, que alterna el tironeo de algunas letras por retomar la carrera con la exigencia de freno y de parate con el que otras pugnan para que se respete su identidad e integridad, que este cambio de máquina, digamos, se presente precisamente en el que vengo a plantearme, por primera vez el asunto de la máscara, tan esencial para, como diría Cristina, “nuestro amor”.

Cansado del estira y afloje de las filas de garabatos, obsesionado por pensar bien y decir bien lo que digo, para empezar dibujando bien las letras, con la mano agarrotada y finalmente acalambrada de tanto arrancar y correr y frenar, y arrancar otra vez pero en puntas de pies como para zafar de tanta vigilancia, avanzando con rápidos pasitos hasta que otra vez me he desatado y le he dado todo el poder al Pilot V7, que vuela aunque con las velas, o las alas, un poco desgarradas por el viento de proa, hasta que no va más, y cansado pues de tanto ruido y tanta furia, abandono y paso raya por hoy, esperando que mañana amanezca más clemente y pueda dejar las arenas profundas de la reflexión y pueda regresar a las plácidas aguas del relato finalmente re-fluidificado.

Sólo quiero agregar: que se me hace que la gran habilidad del que escribe está en inducir al que lee a leer a la misma velocidad, o con el mismo ritmo, con que ha escrito. Lo malo es que la única prueba irrefutable de que la tal empatía se ha logrado, la tendría el lector hiper-responsable o hiper-curioso echando un ojo a los manuscritos del autor: ahí se ve clarito cuándo al autor lo lleva el Diablo y cuándo cruza paso a paso el pantano de la duda, despacito

y por las piedras. Es por esta razón y no por otra –o sea, por respeto a esa ave rara que es un lector de calidad- que los escritores debieran de colgar en Internet los manuscritos de los libros que van publicando.

Pasaron días sin verla. Cosa que no me afectaba en absoluto. De hecho ni siquiera me acordaba de ella. Es más, ni siquiera había decidido que nada sucedería con ella. La tenía stand-by, indefinidamente. No es que su estilo anti-glamoroso, desprolijo, desdeñoso, a medias hecho de fealdad, mal gusto y desparpajo me dejara completamente indiferente. Aunque debiera ¿no? Del menú que componía su personalidad lo que resultaba era un verdadero sancocho. Pero su existencia, su cercanía, su inminencia me irritaban como una interferencia en una transmisión de música de cámara. No me gustaba sentir las cosas que me provocaba. Para ser claro: me hacía sentir como un gourmet al que lo tienta un repugnante guisado de fonda. Por supuesto, ni yo soy un gourmet ni Sonia es repugnante como un guisado de fonda. Exagero un poco para aclarar la idea. Me resultaba, por ejemplo, imposible imaginarla caminando por la calle con Cristina. A nadie dejaría de resultar incongruente y chocante la cercanía. ¿Ejercía sobre mí alguna forma del carisma? Ninguna, excepto la de una socarrona especie de Baubo que me muestra su vulva y me invita a servirme de ella.

El problema era que allí estaba ella, pared de por medio por más insonora que fuera, habitando un universo paralelo y simétrico, con los hermanitos como caja de resonancia de los desmanes en que incurriéramos. Cogerse a la cuñada, que vive pared por medio, sin duda que tiene sus aficionados, pero para mí, que valoro la paz y la estabilidad de la vida hogareña por sobre todas las cosas, no podía resultar sino un error. Me repetía que Sonia no tenía encantos sin los cuales yo no pudiera vivir, pero no me lo creía. Algo tenía, algo que me costaba asumir. El problema en realidad era que dada la naturaleza de mi trabajo pasaba yo demasiadas horas solo en casa. Y mi pulsión erótica, por decirlo de alguna manera, no duerme durante ratos tan largos. En algún momento de los largos ratos de soledad el bichito se despierta y sólo se resigna a tranquilizarse si no hay a la vista alternativa alguna, por más peculiar o indiferente que me resulte. Y Sonia lo sabe. Sabe que ahí estoy, del otro lado del telón, solo. E intuye, porque no dudo que Sonia es un ser eminentemente intuitivo, que las siestas de mi deseo no son muy largas.

Así las cosas, un día hábil a media tarde, estando yo sumido en uno de mis acertijos más recalcitrantes, Sonia decidió que era hora de probar fortuna poniendo toda la carne en el asador. Había estado frotándose la lámpara, hasta que el genio compareció. Lo que le pidió al genio fue, por supuesto, tenerme, acceder a mis encantos. Y la respuesta del genio fue: Si es lo que quieres, ve y tómallo. Modestia aparte soy más bien guapo, pero ciertamente que no irresistible; lo que Sonia realmente ya no soportaba era: 1. Que fuera su cuñado –ingrediente, llamémoslo así, natural. 2. Que mi mujer fuera Cristina –con sus insufribles aires de superioridad. 3. Que yo la rechazara –por más abiertamente que se me ofreciera. De manera que, entusiasmada por la respuesta del genio, saltó del sofá, se calzó las romanitas y cruzó la desprotegida, por no decir que invitante frontera.

Abstraído como estaba en mis galimatías salté al captar que Sonia estaba en la puerta misma de mi estudio, mirándome, con su gran sonrisa en V, amenazante. Cuando uno está realmente absorto la más inofensiva presencia que nos sorprende nos pone los pelos de punta, como si se tratara de una aparición. Así fue y Sonia captó en mis ojos el pavor desmesurado.

-Tranquilo, maricón, que no voy a violarte –declaró, con su sonrisa en llamas.

-Podrías avisar cuando entrás –protesté, sin razón, porque nuestros fondos siempre fueron frontera abierta.

-Podrías poner un timbre en la puerta de la cocina –se burló.

De manera que ahí estaba, muy tranquila, instalada sin por qué ni para qué, irreversible en su seguir estando, tan ligera de ropa como siempre, shorty y camiseta, tan morbosamente divertida por haberme pillado tan sumido en mis quimeras como si me hubiera encontrado haciéndome la paja.

-Casi me matás de la impresión.

-Silenciosa como un fantasma... el fantasma del Deseo –dijo, sobreactuando-. Y no me digas que te sobresaltaste. Te cagaste del susto. Porque me tenés miedo.

-No divagues –dije, trivializando, a la defensiva-. No te tengo ningún miedo, simplemente sos la mujer de mi hermano.

-Con más razón... -ronroneó Sonia, morbosa.

-Te lo digo en dos palabras, Sonia: no me parece –dije tratando de desarticular con banalidades su ofensiva.

-¿Qué no te parece? ¿Qué te chupe el pito en los ratos de ocio? ¿Qué pensabas? ¿Qué quiero que te divorcies y te cases conmigo?

Lo dijo un poco ya como enojada, como si comenzara a irritarla mi negativa. No supe qué hacer, si reírme para intentar desactivarla o si responderle de una vez tan en serio como ella parecía estar hablando.

-Pues no, gracias –siguió-. Ya tengo marido y me ajusta perfectamente. Sabe darme unos azotes por puro gusto o cuando me lo merezco, y me hace todas las cochinadas que me gustan, sin excepciones...

Con un par de sacudones me tenía contra las cuerdas. ¿Qué era Sonia? ¿Kamikaze? Arremetía como si estuviera dispuesta a mandar todo a volar si yo no me sometía a su capricho. ¿No temía que semejante actitud terminara con un escándalo que pulverizara al conjunto del clan? ¿Tan segura estaba que yo cedería? Tal y como ponía las cosas parecía difícil transitar un camino del medio para salir de aquello.

-Sonia... -comencé, dubitativo.

-¿Qué? –respondió, desafiante, y su boca en V ya me parecía unas fauces.

-No me parece... -insistí, blandamente.

-¿Qué no te parece? –respondió, un poco burlándose, fingiendo serena consideración para mis pareceres.

Buscaba yo las palabras sin encontrarlas.

-¿Vas a echarme a patadas en el culo o vas a empezar a bajarte los pantalones? –preguntó, como sinceramente preocupada por la alternativa, pero vagamente amenazadora.

Realmente no sabía qué hacer. ¿Ofenderme en serio? ¿Y si me dejaba en offside proclamando que no era más que una broma? Jugaba conmigo al gato y al ratón con la habilidad de una experta manipuladora.

-Te participo que mi culito admite mejores usos que patearlo –advirtió, y la V se le volvió obscena.

Tragué una bola de saliva. Nunca deseé tanto que Cristina o Sofi llegaran antes de hora a casa.

-Vamos, Andrés –dijo entonces, tan convincente como si tuviera una pistola apuntándome a la cabeza-, sólo quiero chupártela, vos no tenés que hacer nada, después llámalo abuso, violación, como quieras, y si no te gusta de aquí en más cerrás la puerta de la cocina con llave cuando estás solo. Aflojate, que uno no es ninguno.

Lo mismo debe sentir la liebre cuando se topa con la serpiente. Estaba como hipnotizado, y ella lo veía claramente.

-Te veo pasar y noto el bulto y se me hace agua la boca. Y pienso... por lo menos una vez, a lo mejor con una para sacarme las ganas y me alcanza... y me rescato de estártelo pidiendo y humillándome...

-Pará, Sonia... -dije, decidido a hacer algo para sacarme el pulpo de encima.

-Decime que no –dijo amenazante- y te parto un palo en la cabeza, te ato y te la chupo hasta que pidas basta.

No pude sino reírme.

-¿Qué sos vos? ¿Una demonia? –

-Ya quisiera. Soy la tipa más buena onda que conozcas. Mano para todo lo que se ofrezca, preguntale a cualquiera que me conozca –dijo, y viéndome más relajado se fue acercando despacito y cautelosa, pero pronta para saltarme encima si trataba de escaparme.

-Nadie nos ve, nadie va a saber... -decía como en un arrullo.

Supe entonces que ya era tarde para negarme.

-¿Vos te das cuenta de lo mal que está lo que vamos a hacer? –pregunté, retóricamente.

-No jodas, Andrés, sólo quiero chuparte la pija –dijo sin dejar de mirarme a los ojos y arrodillándose entre mis piernas.

A esta altura ya sobraba cualquier discurso disuasorio o cualquier maniobra elusiva, por lo demás la erección que levantaba el frente del pantalón traicionaba mis verdaderas intenciones.

-Qué tanto jodés –dijo, poniendo la mano abierta sobre el bulto-. Mirá como estás.

Bajó el cierre y la verga saltó como impulsada por un resorte.

-¿Me la vas a chupar o vas a seguir hablando? –le pregunté, sacándome la careta.

Sonia tenía la boca tan profunda como ancha. Alojé todo lo que tenía para darle y sobró paño. Con su cabeza pequeña me hizo pensar en una casa que se ve chica por fuera pero que alberga espacios palaciegos. Reconociendo milímetro a milímetro y pliegue por pliegue los secretos de

mi garrote, Sonia parecía como adormecida por la delicia. Me presentó cada rincón de su mucosa por dentro y por fuera de la barrera de sus dientes pequeñitos y parejos, como de depredador menor, y me demostró fehacientemente que con la lengua se puede hacer muchas más cosas, cosas que los legos ni imaginan. Martilló mi pubis tratando de tocar el fondo de su garganta, pero ese gusto no pudo dárselo. Sonia fue la primera mujer que, a mí que he sido catalogado de pijudo, me hizo sentir que tengo la verga corta, en otras palabras: inofensiva. Volví a sentirme niño.

Así trabajándome sin prisa y sin pausa me parecía estar en el aire, colgando de un chupón prendido a mi garrote. La mamada de Sonia no era ni un homenaje al macho ni la voluntad de poner en obra todos sus saberes en la materia, no era un complemento del plato principal, ni aperitivo ni digestivo. Cuando se instalaba para chupar una pija lo que tenía en mente era algo completo y exhaustivo que no admitía horizonte de sensualidad alguno más allá de la mamada. Clavó sus dientecitos en la base del tallo y de su garganta escapó un gruñido gatuno, implicando inequívocamente que el ratón estaba a un tris de perder su cola. Se la sacó de la boca y la lamió con toda la lengua, de abajo arriba.

-Te voy a hacer la Gran Mamada –musitó, y se quedó mirándome a los ojos como por ver si sabía de qué me hablaba.

Claro que sabía. La mítica, la legendaria Gran Mamada. ¿Me pregunté si Sonia conocería realmente los secretos de la Gran Mamada? Si los conocía entonces era una iniciada, una sacerdotisa, una verdadera Gran Chupapijas. Me pregunté si Leo conocería esta dimensión de su legítima. ¿Cuántas pijas hay que chupar para alcanzar la investidura de Gran Chupapijas? El vértigo me arrebató y me arrancó un tropel de imaginaciones. Con la manga de la blusa Sonia se secó la baba que, con tanto chupeteo, le empapaba la trompa.

-¿Cristina te la chupa? –preguntó con un tonito suave y envolvente que no le conocía.

-Sí.

-¿Cómo?

-Se traga la bala –dije, deslizándome hacia lo canallesco.

-¿Siempre?

-Sí.

-Ah, pícara –dijo, y después de chupetear la punta del glande, poniéndome la verga a saltar como un can al que le muestran el bife sangriento pero demasiado alto, fuera de su alcance:- Me confirmás lo que me dicen mis informantes.

-¿Qué informantes? –pregunté sorprendido, pero tarde, porque ya tenía otra vez toda la cavidad bucal ocupada.

¡Taimada Sonia! Amantes de Cristina anteriores a mí no podrían ser sus informantes porque, cosa que por supuesto que Sonia no sabía, Cristina era virgen cuando nos casamos. Tendrían que ser amantes de Cristina ya casada sus informantes. Y eso, no me lo creo. Si fuera verdad... no sé qué haría. ¿Sonia quiere hacerme creer que Cristina tiene amantes? ¿Por qué quiere eso? ¿Nomás de jodida que es? ¿Para vengarse de las arrogancias de Cristina? Sonia seguía con sus chupeteos nerviosos, nada parecido a lo que podría ser la Gran Mamada. De todas maneras si lo que quería era ponerme a punto, estaba cerca de lograrlo. Sí es cierto que ya

cuando la conocí Cristina tenía una habilidad, una sabiduría felando insólita en alguien sin experiencia sexual. Elogiando su habilidad y tratando de saber cómo aprendió lo que de tan joven sabía nunca conseguí de Cristina respuesta alguna, como nunca me explicó su obsesión por evitar el derrame del semen, o quizá, para ser más preciso, su obsesión por tragárselo. ¿Fue Leo? ¿Leo le enseñó de chicos? Podría ser ¿por qué no? Esas cosas suceden. ¡Taimada Sonia y su pequeño enigma para una Gran Mamada! Mina tóxica. Eso fue lo que quiso orillarme a creer, y lo consiguió. Se sacó la verga de la boca y la dejó vibrando y como habitada por una nube de cosquillas.

-¿De qué informantes me hablás? –no pude evitar preguntarle.

La gran V de su sonrisa se hizo francamente morbosa. Tardó en responder, regodeándose con la ansiedad en mi rostro.

-Era una broma. Tragaste el anzuelo –dijo.

Probablemente para marcar la cancha y evitar ulterioridades debí de darle vuelta la cara de un cachetazo. Lo hubiera hecho si no estuviera como me tenía.

-Relajate ahora para que salga todo –dijo, como si me estuviera haciendo algún tipo de tratamiento de salud. Y después, en tono muy profesional-: ¿Ya cogiste hoy?

-No –respondí, inocente de mí.

-No me digas que dejás salir a tu mujer a trabajar sin echar un polvo...

No era un chiste en abstracto, era de Cristina que hablaba, era su imagen concreta lo que trataba de erosionar. No era seducirme el objetivo de Sonia, sino cogerse al marido de su bestia negra. Sentí que saberlo me habilitaba a tratarla tan crudamente como se me antojara, y entonces comprendí que eso era, en última instancia, lo que buscaba, que me desatara con ella, porque esa era la manera en que me deseaba.

-Vamos a ver qué tenés para darme –dijo, y volvió a llenarse de verga la boca.

Con la punta de la verga tocándole la campanilla chupó con toda la boca, como si quisiera generar un vacío. Chupó y siguió chupando, como si tuviera una bomba de succión en los pulmones. Sentí como si la succión penetrara en mi cuerpo por la boca de la pija y como si se expandiera afectando a todos mis puntos cardinales. Sentí como si, pasando por el agujerito, todo mi ser se diera vuelta como una media y mi interior pasara a ser mi exterior, o más exactamente, como si ya no tuviera interior y exterior y ambos fueran lo mismo y uno solo. Atrapado en aquella fantasía demente sentí que desde todos y cada uno de los centímetros cúbicos de mi cuerpo comenzaba a crecer una enorme ola orgásmica que venía a convergir sobre mi eje transformada en una tormenta perfecta. ¡La Gran Mamada! La contundencia de la explosión, multiplicada por mil, multiplicada. Fue como si hubiera estado trepando muy cautelosamente por una pendiente jabonosa y de pronto el piso se inclinara aún más lanzándome en un resbalón perpetuo e infinito, quién sabe a dónde, porque a mí en pleno viaje se me apagaron todas las luminarias y ya no supe más.

Volví en mí cuando soltó sobre mi vientre el elástico del short una vez guardado lo que quedara de mi hombría. Sonia sonreía, ronroneando como un gato con la panza llena, mostrando el cortocircuito entre su boca reidora y viciosa y la mirada intensa, vagamente malévola, de sus ojos oscuros.

-Me voy –dijo.

-¿Cuál es el apuro?

-Leo me espera. Le dije que volvería en cuanto te hubiera chupado la pija.

Terminé de espabilarme.

-¿Estás loca?

-Para nada. Es como si lo viera, impaciente, haciéndose una pajita de mantenimiento para estar pronto cuando yo llegue.

Y ¡plin! Tal y como apareció, desapareció. Como el fauno de Mallarmé quedé preguntándome si aquello había realmente sucedido o sólo había sido una ilusión de mis sentidos. Deseé que la visita de Sonia hubiera sido sólo una imaginación malsana. Pero me dejó un par de espinas clavadas, con efecto tóxico retardado. Mentía como respiraba. Dos veces me mintió, más que con el objetivo de cogerme, para tratar de ponerme el mundo patas arriba. Primero dijo que tenía informantes respecto de las habilidades sexuales de Cristina. Si resultaba ser cierto ¿qué parte de mi relación con mi esposa resultaba pura fantasía? Después me mintió diciendo que nadie sabría de lo que pasara entre nosotros. Y resultó que Leo sabía de su expedición y por consiguiente sabía –estaría sabiendo ya- de su conquista. Con lo que también pasaba a ser una fantasía mi relación con quien más que cuñado era un hermano.

Verdaderamente tóxica. ¿Eran mentiras o verdades lo que decía? Comoquiera que fuera parecía en campaña para destruir la manera en que nosotros, este conjunto de personas, el clan, vivíamos y nos relacionábamos. Para sustituirla ¿con qué? ¿Qué sería de nosotros, cómo viviríamos si sus mentiras resultaban ser verdades? Deseé que sólo fueran mentira sus informantes, y que fuera mentira que Leo sabía y la esperaba, que no fueran más que juegos perversos de Sonia y que como tales se diluyeran, sin efectos sobre la realidad, para que todo siguiera siendo como había venido siendo -con la triste diferencia de que ahora cogía con mi cuñada. La bandada de mentiras aleteaba en mi cerebro como una bandada de murciélagos. Durante un buen rato el pánico se apoderó de la escena, porque si hay algo que da pánico es un mundo que, en lo esencial, no es lo que parecía ser.

Con Cristina tenemos dos modos de “hacer el amor”, como le gusta decir a ella. En términos generales uno es para durante el día y el otro es para la noche, antes de dormirnos. No es que hayamos “diseñado” nuestra sexualidad. Se fue dando así de manera natural y espontánea. El modo diurno se parece a un quickie, aunque no lo es porque ni tenemos apuro ni tememos ser avistados por alguien –cosa que, como consigné, eventualmente, sucede. Lo podríamos llamar “falso quickie” si fuéramos capaces de hablar este tipo de temas y hacerlo con humor. Vestidos, tomándola por detrás, la cojo sin pausa hasta que acaba, entonces acelero y cuando estoy a punto se la doy a mamar. ¿Por qué el falso quickie? Es forzoso pensar que porque deseamos el verdadero y no lo tenemos. Es una hipótesis, endeble, por supuesto.

En cuanto al modo nocturno: estamos en la cama, vestidos para dormir y prontos para hacerlo. A una señal mía –nunca de ella, ni de día ni de noche- ella se activa. Se quita el calzón y se arrima a mi flanco, me toca hasta que estoy pronto –nunca más que unos segundos. Entonces monta sobre mi vientre, se inserta la verga, me coge lentamente y buscando sus profundidades, se viene, sin tardanza, derrumbándose sobre mi pecho. Después retoma la

cogida hasta tenerme a punto. Si me contengo ella termina por acabar otra vez. Si no me contengo basta que le diga que me voy para que, tan floja como haya quedado, con agilidad notable llega a tomarme justo cuando acabo. No estoy seguro de que la excite especialmente tragarse el semen, me parece que al hacerlo sólo está concentrada en que acabe todo y en higienizarme con la lengua después. Lo que yo veo, y creo que ella lo ve así, es como una especie de habilidad para manejar, de manera eficiente, una crisis fisiológica.

Diurno, nocturno. Uno es vestidos, el otro desvestidos, uno es parados, el otro horizontales, en uno llevo yo la parte activa, en el otro la lleva ella. El remate en ambos casos es el mismo. Si suya es la obsesión por evitar el derramamiento de semen, o quizá la avidez por tragárselo – nunca me dijo “el semen es sagrado” pero una vez me dijo “el semen es nutritivo”-, tengo que decir que vaciarme en su boca es la forma de remate que prefiero. No necesito decir como cuánto de exquisitamente perturbadora es la imagen del rostro de la mujer amada chupando y tragando, las mejillas hundiéndose, latiendo al ritmo de la succión, los ojos cerrados vueltos hacia el interior, seguramente que para vernos desde fuera, la tráquea subiendo y bajando al tragar, sobre la cual he puesto la mano abierta como para saludar el viaje de la semilla hacia el punto remoto en que se convertirá en parte de su cuerpo, milagro exquisito de comunión que se repite para mí tantas veces como se me antoja.

Por supuesto que Cristina sabe con total exactitud cuáles son sus días fértiles, y si se lo pregunto en el momento crítico me responde con rapidez y precisión, y por supuesto que he utilizado esa vía, con no poca delicia, pero sin la intensidad de goce que me produce la otra. Por supuesto que el goce que me procuran sus mamadas, esta especie de servicio, de servidumbre callada y puntual, es del orden de lo morboso. He ahí una mujer bella, inteligente y elegante rindiendo tributo y humillante pleitesía a la verga de su legítimo amo. Aclaro que no comparto estas infamias hablándolas con ella. No sabríamos cómo hablarlo, y lo que importa es lo que se hace, y cómo la imaginación inviste lo que se hace. No lo que se diga al respecto.

Como puede verse el sexo con mi esposa es, para mí, motivo y tema de intensa meditación. Detecto en él aspectos misteriosos para los cuales las explicaciones que fabrico nunca duran mucho rato. Fantaseo, naturalmente, pero su pasividad, la nula resistencia, el inmediato abandono al orgasmo, la presta oferta de su boca para la eliminación de mis eyaculaciones, la represión de toda expresividad, la disposición para ser tomada en cualquier momento del día sin negociación alguna, o para hacerse cargo de toda la faena por la noche... ¿no es todo esto evidencia suficiente de que se ve a sí misma como una esclava sexual? ¿Estoy casado con una mujer con complejo de esclava sexual, o cuyo deseo, para decirlo con otras palabras, es la esclavitud sexual –soft, matrimonial, civilizada, por supuesto?

Tal cosa no se me ocurría al comienzo de nuestra relación, al principio sólo veía el deseo de complacer al hombre que se ama, pero hoy, una década después, quizá porque el amor toma formas menos apasionadas, su conducta sexual, sin disgustarme en absoluto lo que me da, en términos de goce, me parece quizá un poco más opaca, más misteriosa. La pregunta de fondo es: alguien que vive como Cristina su sexualidad ¿puede, en nombre de “amor”, restringir al ámbito de lo matrimonial su deseo de sumisión? ¿La naturaleza de su deseo no la expone a someterse a quien sepa detectarlo, estimularlo, manipularlo?

Más allá de la imagen pública moderada y recatada de nuestro matrimonio, Cristina es una esclava sexual tanto como yo soy un mujeriego, y es algo que cada uno ha elaborado desde lo más profundo de su naturaleza, sin intervención ajena. En tanto matrimonio, nuestras rutinas o modos son las paredes de nuestra prisión. Ideas atroces pueblan mi mente: Cristina es

incapaz de ver más allá de los muros de su prisión, no se enamora sino que encuentra hombres con los que experimenta el deseo de someterse. ¿Debo obligarla a tomar conciencia del tema, si es que no la tiene, y forzarla a reprimirse? ¿Es eso, en última instancia posible? ¿Si la conociera –creo que no la conoce–, podría ella reprimir mi pulsión mujeriega? ¿Y si la conoce y resulta que con su lógica implacable ha llegado a la conclusión de que el mutuo desconocimiento nos permite un equilibrio que hace posible nuestra relación asegurándonos la porción de felicidad que nos está destinada?

Volvimos a encontrarnos con Felicia y su legítimo en el súper. Él lleva a los dos pequeños de la mano. Felicia empuja el carrito de la compra. La veo antes de que me vea. Pero siento su presencia antes mismo de verla. Penetro en su aura y siento un súbito aflojamiento de las durezas del alma, se me hacen vívidos los tesoros de ternura que duermen en mi corazón, me sentí íntimamente beatificado por una cercanía maravillosa. Supe que sólo su presencia inminente podía llenarme a tal punto de ilusión. Y efectivamente, allí estaba, en la próxima góndola, eligiendo fideos. De jeans, camiseta y sandalias, con el pelo recogido en una colita de caballo. Debe de haberme también presentado, porque apenas la vi se volvió hacia mí. Cristina captó el cruce de miradas:

-Es Felicia, la de la tienda de artículos eléctricos –me informó, seguro que creyendo que me estaría preguntando quién sería aquella señora que insistía en mirar en nuestra dirección.

-Sí, claro –dije, y al ver que Cristina la saludaba, también yo la saludé con la mano.

Felicia devolvió el saludo y volvió a lo suyo. Cristina se entretuvo buscando un condimento. El jean le ajustaba en las caderas realzando la sólida redondez de sus nalgas. Sentí en las narinas el olor de su sexo. Como si sintiera mi mirada en su entrepierna. Se volvió hacia mí sosteniendo en las manos una bolsa de tirabuzones. Me sonrió con esa sonrisa que era como un tsunami de ternura y de deseo. Separó las manos como para mostrarme sus pechos, como si los tuviera desnudos. Capté la oferta y sentí calor en las mejillas. No vi su camiseta sino sus pechos desnudos, con las grandes, gloriosas areolas. Tuve entonces en las narinas el olor de sus pechos y se me hizo agua la boca. Todo esto, este verdadero festín de sensualidad, con esta secuencia y con esta precisión con que lo narro, sucedió en segundos, sin que el tipo ni Cristina captaran lo que sucedía. Tal y como si estuviéramos solos en el universo o como si fuéramos invisibles le indiqué por señas que la vería en tres días o sea el miércoles –o sea: le mostré los tres dedos centrales y luego con la misma mano dibujé un círculo. Su sonrisa se estiró y me hizo que sí con la cabeza. Comprendió mi mensaje como si se lo hubiera mandado por celular. Estoy satisfecho con que no nos hayamos planteado intercambiar números de teléfono. De hacerlo cederíamos a la tentación de hablar aunque fuera unos minutos por día, con lo que todo se volvería más tenso, y a la larga, angustioso.

Otra vez llamó Leo temprano diciendo que su auto está mal y si puedo dejarlo en la fábrica. Obviamente que quiere hablar a solas conmigo. Siempre supe que más allá de la simpatía espontánea, del afecto que siempre hubo entre nosotros, hay en él un gusto por los juegos mentales y por la manipulación. Hace mucho, cuando recién nos conocimos, Cristina me advirtió. “Mirá que Leo no es tan transparente como parece” me dijo. Tomé en cuenta sus palabras, pero Leo nunca me dio motivo para poner coto a nuestra relación. Eso sí, aunque no

lo manifiesto, cada cosa con la que me sale la pongo en entredicho hasta tanto pueda ratificarla. El tema que hoy lo traía exigiría, más que nunca, mucha cautela.

-¿Cómo anda Sonia? –pregunto.

-Bien, luchando con las ocurrencias de Maggie.

-¿Qué ocurrencias?

-Quiere tomar la Primera Comuni3n, pero sólo tiene siete años, y se toma a los nueve.

-¿Y por qué la quiere ya?

-En eso está Sonia. Pre-diagnóstico: tiene miedo de morirse sin estar protegida. Debe de pensar que la Primera Comuni3n es algo así como una vacuna.

Reímos y callamos. En el diálogo que siguió pesaron más los silencios que las palabras. Conscientes ambos de la necesidad de preservar sin daño la interna familiar.

-Sonia es muy inteligente –dijo, a manera de axioma.

-Siempre me lo subrayaste –coincidí.

-Empresas gringas la llaman para que les solucione problemas de organizaci3n, de relacionamiento interno. No es sólo lo que sabe del tema. Tiene una especie de toque mágico con la gente...

Callé, tratando de ver a dónde iba.

-Quizá no lo parezca –siguió-, porque tiene esa manera de ser sin poses. No se manda a parte.

Callamos. Bonito retrato de Sonia. Y seguramente justo.

-Cristina en cambio sí se manda la parte un poco ¿no? –pregunté.

-Un poco –dijo, sonriendo-. Ella es así.

-¿Siempre fue así?

-Siempre.

Miró por la ventanilla. Playa Malvín, ya comenzando a poblarse a las ocho de la mañana.

-De todas maneras su manera rígida de ser tiene también sus encantos ¿no?

-Los tiene –coincidí-. ¿A cuáles te referís vos?

Buscó cuidadoso las palabras.

-Nunca dice que no –dijo.

-Claro que dice que no –protesté.

-En la intimidad, quiero decir –estableció.

Estuve a punto de preguntarle cómo sabía que en la intimidad Cristina nunca decía que no. Me contuve a tiempo. Estábamos jugando un ajedrez consistente en orillar al otro a decir lo que no quiere decir, pero sin preguntárselo. Me pregunté si la movida de Leo era ingenua o atrevida por demás. También él me invitaba a arriesgar, pero sin recurrir a la pregunta directa.

-Ser hermanos es raro ¿no? Calculo, porque yo no he tenido hermanos. Vos sos lo más parecido a un hermano que tuve...

-Sí –dijo, como si fuera obvio. Y después-: Nene y nena es especialmente raro. Y solos en la burbuja de la infancia. Y luego, de la adolescencia. Sí que es raro...

Esperé que siguiera, pero calló. Como que quería decir algo y a la vez no quería. No pude contenerme.

-Y a vos ella nunca te negó nada –dije, como si fuera un asunto tan obvio como inocuo.

Creo que en ese momento pensó que yo ya sabía. Porque Cristina me lo había dicho.

-No, no me negaba nada. Yo era el centro de su mundo. Hugo y Susana vivían en la luna –dijo con tono apagado y distante.

Y calló. No quiso más. No estaba preparado para más. Volvió a Sonia que era lo que estaba preparado para hablar.

-Sonia en cambio no se niega nada –afirmó subrayando la partícula “se”.

Intuí que en su mente el tema Sonia empataba los tantos con el tema Cristina. Mi debilidad de adúltero lo volvía a él inimputable. Que el que esté libre de culpa tire la primera piedra.

Maniobra que me decía de Leo más que lo que había aprendido en años de amistad rayana en la hermandad, según afirmábamos. Intenté resistir el desplazamiento callando. Pero en esto, como en todo, callar es otorgar.

-¿Fue iniciativa tuya? –pregunté, yendo al grano.

-Sonia sólo hace los que se le antoja y nunca hace lo que no se le antoja –dictaminó.

-O sea que tu iniciativa coincidió con tu antojo –traduje.

Calló. Había utilizado a Sonia para empatar los tantos conmigo, presumiendo que yo terminaría por saber, si es que ya no sabía. Y Sonia se había dejado utilizar, encantada, lo cual permitía suponer que en su matrimonio la infidelidad no existía... puesto que estaba permitida.

-¿Cómo sabías que yo iba a aceptar?

-Sonia conoce fórmulas mágicas –afirmó, orgulloso.

-¿Y vos creés que voy a seguir aceptando?

-Me resulta indiferente –dijo, y por cierto que sus números ya cerraban-. Pero pienso que Sonia no te va a soltar sin que conozcas todos sus caprichos. Y te aseguro que no sería así si no te tuviera en gran estima.

Detuve el auto frente a la fábrica.

-¿Esto no le hace mal a la pareja de ustedes? –pregunté.

-Claro que no. Al contrario. Y además refuerza la relación con ustedes –afirmó, mefistofélico de boliche-. Se forma una trama más sólida. Es como un meta-matrimonio.

-¿Y Cristina? ¿No sería justo que sepa? –insistí fingiendo ecuanimidad.

Leo había recuperado la labia.

-Sonia y Cristina son muy diferentes –discurseó-. Sonia es una súper-esponja que todo lo absorbe. Y todo lo suelta, no se calla nada.

-En cambio Cristina...

-Cristina calla todo, siempre. Y prefiere que todo se calle. Así le gustan las cosas. Ha preferido ocultarte su secreto ¿o no?

Eso quería Leo saber: si Cristina me había revelado el secreto. Callé. Que pensara lo que quisiera.

-Y quién sabe qué otros secretos ¿no? –soltó para tirarme de la lengua.

Pero seguí callando. No le pregunté qué otros secretos. En el fondo comparto la manera de ser de Cristina. Es mejor callar, no hablar de más. Cada cual construyéndose el mundo a su gusto y a su manera.

-Pero ya fue bastante –dijo, abriendo la puerta-. Tengo que irme.

Entonces inclinándose hacia mí y poniéndome una mano en la nuca para atraerme, me plantó un beso sonoro en la mejilla.

-Te quiero, hermanito –dijo, efusivo.

Y como se quedaba esperando que le dijera algo, colgado de mi mirada, casi tocándose nuestras narices, exhibí algo parecido a una sonrisa y le dije:

-Yo también te quiero.

Tuve que parar en una plaza y sentarme bajo un árbol para tratar de digerir todo aquello que, según me parecía, o bien ponía patas arriba, o definitivamente ponía todo sobre sus pies. Ni lo uno ni lo otro, por supuesto: puros fuegos fatuos.

Tenía la vaga idea de que los martes Sonia regresaba temprano a casa. La estuve esperando como un tigre que espera junto a un pozo de agua en medio de la jungla. Sin poder concentrarme en nada más, estuve esperando inútilmente durante un par de horas que algún ruido denunciara su llegada. La Cortina de Hierro de la medianera absorbía todo. Como si Leo y su familia vivieran en el fondo del mar. Pero Sonia tenía la extraña costumbre de, una vez detenido el auto y frenado, darle una patadita al acelerador. Ignoro para qué. Como si temiera que se le descargara la batería. Antes la gente hacía cosas así. Lo cierto es que el acelerón final me puso en alerta. Sólo podía ser ella. Leo no hacía ese tipo de cosas. Inmediatamente después oí que cerraba la puerta del auto.

Actué con la rapidez que me permitieron las romanitas. La puerta de su cocina no sólo estaba sin llave sino que estaba abierta. La encontré en medio de la sala, en una especie de danza inmóvil. Era que con un pie ayudaba al otro para descalzarse. Vestía en su estilo medio jipioso, falda de jean, blusa casi túnica de la India, borcegos acharolados y collar de caracolitos. Tenía sombra rojiza en los ojos y los labios pintados de rojo como los de una puta. Me pregunté cómo, así disfrazada, haría para generar empatías en un medio empresarial. No le hizo gracia verme aparecer.

-Ahora no, Andrés, vengo molida –dijo.

Impasible, avancé paso a paso, claramente decidido a no aceptar nones ni dilatorias. Se preguntaría hasta dónde estaba dispuesto a ir con mi actitud de avasallar su soberanía.

-Hola, mi amor –le dije, endulzando la voz.

Estábamos parados muy cerca uno del otro, al alcance de la mano.

-Los nenes están a punto de llegar –objetó-. Y Leo de mañana estaba mimoso, tuve que prometerle una tarde especial. También va a volver temprano.

Respiró hondo, como si estuviera tan cansada que le costara hablar.

-Este no es el momento para nosotros, Andrés.

-No es más que un polvo, mi amor –insistí, meloso-. Para estar seguro de que lo tuyo es verdadero...

Con una mano le tomé una teta, oprimiéndosela. Sus tetas era pequeñas, pobres, el sutién de tela elástica y muy suave era casi innecesario. Recordé que, sin embargo, no había tenido problema para alimentar a sus bebés. Le puse la otra mano sobre las nalgas, magras y duras. No me sorprendió que no llevara calzón. Las putas adornan la mercadería con un calzón provocador, las zorras sólo quieren estar prontas para hacerse dar.

-Caramba... -dije, socarrón.

-Hijo de puta –dijo.

Profundicé el magreo entre las nalgas, y después entre las piernas. Estaba muy mojada. Me olí los dedos. No era semen. La roja V se le torció para un costado.

-¿Esperabas algo especial? ¿Tuviste suerte? Fijate bien. Leo va a hacerlo. Y se pone contento si vengo con sorpresa –dice, desde más allá de las fronteras de cualquier pudor-. Nada como una concha supurando semen, me dice. ¿A vos también te gusta?

-A todos –le digo, redoblando la apuesta- nos gusta que la mujer vuelva a casa bien cogida, y acabada... ¿Venís molida de laburar... o de tanto acabar?

-Al laburo y al Instituto siempre voy así –explicó-. Es más fácil si en algún momento tengo que aliviarme las tensiones...

-Es más fácil para un quickie –la corté-. He conocido zorras como vos que a la menor insinuación muestran el culo.

-Me conocés porque sos igual que yo –dijo, y la V roja se le acentuó hasta el sarcasmo-. Abreviemos, corazón. En serio que están por llegar.

Hubiera podido seguir con el jueguito de tratarla con desprecio, como a una puta, porque me calentaba, pero no quería exponerme a llevarme la bala de vuelta a casa. Bajé la cintura del short y me la calcé debajo de los huevos, mostrándole la verga empinada, alegre, saltarina.

-Acomodate en el sillón –dije desnudando la cabeza de la pija.

Lo hizo. Después separó las piernas y las levantó para mostrarme los orificios.

-Ta-te-ti... -canturreó.

Le separé más las rodillas. Le toqué el ojete.

-Tenés el culo lubricado –dije, casi riéndome por la sorpresa.

-Para vos, papito –dijo, desfachatada.

Obviamente que no era para mí. ¿Sería para Leo? No me extrañaría. ¿O sería...? La puerta trasera de Sonia –pequeña, apretada y oscura- no era especialmente atractiva, pero una vez ofrecida y considerando el nivel de obscenidad que estábamos construyéndonos como amantes, no podía hacerme el difícil. Se tomó más de las corvas para abrir más los orificios. Me apoyé en el respaldo del sillón y con la otra mano me emboqué en la vagina. Me hundí hasta los pelos. Soltó un suspiro de placer. Pero a la vez dijo:

-Qué decepción...

Removí, tanteándole el fondo de la vagina. Gimió de gusto, pero dijo:

-Creí que eras un verdadero macho...

Saqué entonces la verga y la conduje al otro orificio. Pensé que las alternativas eran partirla al medio o despellejarle el culo. Con las manos en las nalgas se abrió cuanto pudo. Emboqué y temiendo lo peor, empujé. Pero tenía el ojete ya no dócil, sino entrenado. Se abrió y me tragó entero. Enchufados fue como si nos recorriera a ambos un toque de electricidad. Culeó con gusto, acomodándose a todo el largo. Sin duda cogía con el culo a menudo, sin duda Leo era habitué.

-Madre de Dios, tu pija me ajusta mucho mejor... -dijo, sin especificar con quién me comparaba.

Le di duro, cada vez que me clavaba el culo se le abría un poco más. Con el ojete no ganaría un concurso de belleza pero cogérselo era una verdadera delicia. Sé por experiencia que hay culos que ni debidamente lubricados dan más placer que el de forzar una vía equivocada. El de Sonia estaba hecho para dar pura delicia, sin regusto alguno.

-Acabame, papito, lléname de leche –me urgía, con la voz a punto de delirio. Miró la hora en su reloj pulsera, con ojos tan vidriosos que dudo que haya visto nada-. Te juro que están por llegar...

-Vos primero –exigí.

Metió una mano entre sus piernas y tocó la cópula. Anillándome el tallo gozaba con los dedos, cuando estuvo a punto me soltó y hundió los dedos en la vagina. Estaba al borde del orgasmo. La doble penetración podía con ella. Zafó, aporreó el vértice y acabó con un grito, tembló como si se le hubiera declarado una epilepsia, y el grito terminó en una especie de llanto seco. Se aflojó completamente, jadeó, hizo por recuperar el aliento. Fue todo para mí. Ya estaba clavado en un cuerpo blando, en un cadáver amigable. La tomé de las corvas y le di con todo. Al llegar me detuve para sentir cómo el chorro regaba sus entrañas, una y otra vez. Gritó otra vez, de puro gusto.

-Sos un hijo de puta –dijo.

Desalojé y escondí la verga, dura todavía, dentro del short.

-No entiendo cómo pudo Leo no darse cuenta de que se casaba con una zorra –le dije, aterrizando de nuestros juegos, no sin cariño.

Continuaba con las rodillas levantadas, como para que no se le saliera el semen.

-Alcanzame mi cartera –pidió, señalando hacia el sofá.

Se la alcancé. Sacó un pañuelito rojo y se lo puso en el ojete. Dos mujeres tan distintas como sea posible, un mismo gesto con significados totalmente diferentes. Adiviné que Sonia lo que quería era mostrarle a su marido el culo supurando semen.

-Leo se casó conmigo porque soy lo que buscaba –dijo cubriéndose las piernas con la falda, planchada, sin fuerzas para pararse. La V se le había apaciguado. Me incliné para darle un beso en los labios.

-Por lo menos podrías haber tenido la decencia de saltearte a su cuñado –dije, con protesta perfectamente hipócrita.

-Imposible –respondió al toque-. Me cojo todo.

Me reí sobre sus labios.

-Igual que yo –dije, y era casi la verdad.

-Hijo de puta –dijo, y me devolvió el beso, fugaz.

Puso la mano sobre el frente del short, tanteando la erección. Me miró a los ojos, sin decir nada, como pidiendo autorización. Como nada interpuso empezó a menearla por encima de la tela.

-Te va a costar un huevo. Ya te di todo lo que tenía –le advertí, tácitamente aceptando el exceso.

-Si vos supieras lo que mis dedos están sintiendo... –suspiró, sin aflojar el meneo.

Volvió a mirar la hora. Después bajó la cintura del short y empuñó el tallo. Jadeaba. Empuñó firme el tallo y masturbó fuerte, decidida a mandarme de vuelta a casa sin una gota en los huevos. Inclinado como estaba sobre ella, metí la mano bajo su falda hasta tocar la zona peluda. Hundí el dedo entre los labios hasta tocar el vértice. Le devolví la paja. Ambos jadeábamos empeñados en empujar al otro orgasmo adentro.

-¿Y si ahora entrara Leo? –pregunté, morbosamente.

-No sería la primera vez que me viera... –no pudo seguir hablando, estaba al borde.

-¿Qué haría?

-Se sentaría a mirarnos... o me daría la pija a chupar... No puedo más...

-¿Y después? –insistí.

-Cuando vos acabaras me cogería también por el culo... con todo y tu acabada...

Le llegó el orgasmo, como un largo, moderado y plácido terremoto, agitándola de pies a cabeza. Le seguí la paja hasta que apretó los muslos.

-Ya está... ya está... –dijo, sin voz.

Ella había dejado de sacudirme la verga cuando le llegó el descontrol.

-Voy a acabar –le dije.

Se despertó, recommenzó el meneo, acercó la cara a la erección. Se me escapó un gemido recontra-maricón cuando sentí que la acabada subía hacia la punta de la verga. Atrapó la cabeza de la verga con la boca

-Tengo la pija sucia –alcancé a decirle, pero no hizo caso alguno.

Exploté en su boca. Tanto como no pensé que tuviera. Tragó y después lamió el tallo, presumiblemente cargado con trazas recogidas en su recto. Me encantó verla haciéndolo. A saber dónde estaban sus límites. Me pregunté qué divinidad reinaría en su cuerpo de mujer voluptuosa sin medida alguna.

-Putá madre, Andrés –dijo, guardando la verga-. Sos un verdadero padrillo.

Se acomodó la falda, se acomodó contra el respaldo. Ni aunque se hubiera declarado un incendio en la casa hubiera sacado el culo de ese sillón.

-Andate ahora, en serio. Te saliste con la tuya en toda la línea –dijo respirando hondo, como si estuviera por dormirse.

Me quedé todavía unos segundos parado frente a ella, con el frente del short levantado por la erección. Titánico, para decirlo sin falsa modestia. Planchada como estaba me miraba con ojos acaramelados. La V de su sonrisa destilaba para mí, por primera vez, algo parecido a la dulzura. Oímos el auto de Leo entrando al jardín.

-Andá. Después te cuento –ronroneó.

Cena en familia. Conversamos con Sofi los temas que le va sugiriendo la interacción con el mundo que va conociendo. Nada le es indiferente, a nada responde con indiferencia, todo resuena en su cabecita con infinidad de vibraciones y de matices. Ella es el instrumento extremadamente sensible a través del cual el mundo se convierte en música. En nuestras manos está ir blindándola, protegiéndola de los peligros del mundo. Esto está bien, esto está mal, esto es bueno, esto es malo, esto es normal, esto no lo es, esto es agresivo, esto es peligroso, esto es engañoso. Cristina entiende que no deberíamos exhibirle versiones diferentes. Me esfuerzo por plegarme a la versión de Cristina, más unívoca, menos ambigua que la mía. De todas manera Sofi nos percibe diferentes y nos atribuye roles diferentes, con diferencias relevantes, o de matices que ni imaginamos. Y eso implica, eventualmente, puntos de vista diferentes sobre las cosas, lo cual no la traumatiza en absoluto, por supuesto. Al contrario, la invita a ir definiendo su propia mirada.

Después, en la cama, flotando de la mano en el silencio de la noche. Muy a menudo nos dormimos tomados de la mano, como dos niños que van a internarse en un bosque oscuro. Si estamos de la mano uno puede rescatar al otro en caso de sueños terribles en demasía. Pero hoy Cristina cree que es el día y el momento para hacerme la pregunta del millón, la que no debiera nunca de formularse, la que implica por sólo hacerla que la respuesta es negativa. Me pregunta si creo que somos completamente sinceros el uno con el otro, si somos realmente transparentes el uno para el otro. Plantear la pregunta, al año o a los diez años de convivir, significa que la pareja ha llegado al fin de su infancia y que debe dar el salto –triple salto mortal, sin red- a su madurez. Tardo en responderle. Me domina la impresión de que al decir la palabra que sea estaremos dando un paso no sé hacia dónde, pero irreversible. Mi silencio la presiona. Dice que siempre pensó que lo éramos, o, más exactamente, aclara, que podríamos

llegar a serlo. Dice que si no lo pensara no hubiera aceptado ser mi novia, ni se hubiera casado conmigo

¿Debo creer que no me oculta nada, que se considera, para mí, totalmente transparente? ¿Qué mis fantasías, mis intuiciones de su erotismo de oficina no tienen ningún fundamento más que deseos míos, inconfesables? ¿Expresa esta conversación extemporánea su disposición, o su necesidad de algún nivel de sinceramiento? Abro, pues, la boca decidido a, en alguna medida, decirle lo que pienso al respecto. Le digo, cauteloso, que no estoy seguro de que sea posible entregar los secretos y las verdades más allá de cierto límite. O sea que hay cosas que no sé de vos y que creés que hay cosas que no sabés de mí, concluyó en un tono que le conozco bien y que es el de estar a punto de cerrarse como una ostra. Es el tono que adopta siempre que en un asunto llegamos a versiones innegociables. Tono de herida profunda, se cierra y no acepta mi punto de vista según el cual hay que saber vivir en la diferencia. Según su fatalismo constitucional, las diferencias en una pareja son las grietas por las que se cuele la maldad vulgar del mundo y todo lo corrompe. Ella piensa que se debería pensar y sentir igual en todo. Ser uno, dice. Que menos de eso es fracaso. La consecuencia de esta posición irrenunciable es que a menudo, sin voluntad ni vocación, miento, finjo o escondo, porque me siento responsable de su supuesta felicidad.

¿Te das cuenta de que lo que decís implica que no es posible unirse sino con un desconocido?, pregunta, sacando, limpiando, las últimas conclusiones de mi proyecto de sinceramiento. Esa es una manera absurdamente melodramática de ver las cosas, dije, buscando frenar el despiñe – perdón por el cultismo- y atrincherarme en algún repliegue de la dialéctica desde el cual negociar algún acuerdo suficientemente ambiguo como para resultar razonable para ambos. Su mano en mi mano estaba húmeda. Sólo ese dato traicionaba la tensión con que sobrellevaba los avatares de nuestro diálogo. ¿Qué la ponía tan nerviosa: la inminencia de conocer mi verdadero yo, o el deseo, quizá la necesidad, de revelarme el suyo? ¿O sea que después de tantos años de intimidad, de sexualidad, de criar a nuestra hija, yo soy una desconocida para vos y vos sos un desconocido para mí?, insistió, ya con tufillo a ultimátum. Busqué alguna palabra aceptable como para saldar honorablemente la cuestión, pero no encontré más que estas: Se va hasta donde se puede, y el resto es silencio. Eso sí que es melodrama, comentó de inmediato. Y en lo sexual ¿también somos desconocidos?, preguntó, como pretendiendo que nuestra sexualidad era de la especie más transparente imaginable. Sentí que no era el momento para poner en la mesa de disección nuestra sexualidad. Opté por una salida elegante. Vos no sos de buscarme, lo comprendo y lo acepto, dije en plan ecuánime. Pero cuando te busco, te busco siempre con una erección, y te encuentro siempre mojada ¿es cierto o no es cierto? Es cierto concedió, y me apretó suavemente la mano. Y no dije más, dando por saldada en un punto honorable la discusión.

Pero ¿eso es todo?, insistió. Así es Cristina: nada a medias, raspar el hueso. Así es como terminamos a menudo haciendo de la grieta un abismo. Es como si cada tanto tuviera necesidad de acercarse al vértigo de lo indecible. Seguramente que no lo es todo, dije con tono de conceder y confesar. Pero ahí es donde trazamos la raya, porque con las dulzuras que así conseguimos nos resulta suficiente para nuestra felicidad, dictaminé, mentiroso. ¿O no es así?, insistí, ofreciéndole la posibilidad de pactar y suturar la herida. Es cierto, pero no lo es todo, dijo con el tonito de cerrar la ostra. No lo es ni para vos ni para mí, dijo, invitándonos implícitamente a cruzar la raya. Cruzarla y ver qué pasa, no cruzarla y ver qué pasa, sus palabras expresaban, dejando a un lado los miedos, lo íntimo también de mi pensamiento.

Callamos. Ninguno de los dos era capaz de dar un paso más. Como si el próximo paso pudiera hundirnos hasta el cuello en las arenas del desierto.

Nuestro carnaval de confusiones se fue diluyendo en el silencio y en la oscuridad. Entonces Cristina se volvió hacia mí, pensé que con ánimo de intercambiar un beso de consolación y pasar al sueño. Salté por la sorpresa cuando su mano se posó, delicada como una mariposa, sobre mi pecho, y con dedos suaves como plumones empezó a desabrocharme el saco del pijama. Es tan raro que tome ella la iniciativa que se liberó en mí una densa ansiedad. Antes de que su mano llegara al último botón tenía la verga tensa. Su mano siguió cintura abajo y se le posó encima. Su aliento, cálido y sereno, me acariciaba la piel del pecho. Su mano siguió hasta acunar los huevos. Puedo contar, creo, con los dedos de las manos las veces en que en todos estos años Cristina abrió el juego tomando posesión de mis genitales. Tan extraño era la sensación que, en la oscuridad, me parecía estar con otra mujer. Entonces, en ese momento de extrañeza, comprendí, poniéndolo en contexto, el sentido de su gesto. Qué diéramos con hechos las respuestas que con palabras nos resultaban informulables. Que por una noche al menos, no la tomara su esposo dulce, moderado y cogelón, sino un monstruo de deseos, vaya a saber cuáles imaginaría, inconfesables. Y ella me daría, a cambio, un equivalente en especies. No sabía si sería capaz de dar el ancho en lo que me concernía, y me producía un temor cercano a la náusea conocer lo que ella pondría en la balanza. Hubiera querido detener aquello, seguir como siempre. ¿Acaso no era una verdadera delicia nuestra sexualidad? ¿No lo había sido siempre? ¿Acaso pensaba ella que yo estaba harto de la receta, o ella lo estaba?

Pero ya era tarde. Para dar comienzo a la subversión de las rutinas, desnudó la verga e inclinándose sobre mi vientre la tomó en la boca. Nuestro sexo oral no había sido nunca el comienzo sino el final. Técnicamente Cristina nunca me había chupado la pija: me ha ofrecido la boca para allí soltar el semen. Ahora comenzaba por recibirme en la boca, tan a fondo como pudo. Torpe y lentamente comenzó a darme empujoncitos, como cogiéndome con la boca, o como queriendo vulnerar con la punta de la pija los límites de su garganta. Me dio un ataque de ternura y de amor verla tan empeñada en atravesar nuestras rutinas. Entonces Cristina extendió un brazo y encendió la veladora. Otra subversión. Nunca antes. Coger en la orilla del sueño había sido siempre coger con los ojos vendados por la oscuridad, prescindiendo del otro, en dulce comunión con uno mismo. Máquinas suaves de coger, inocentes e inconscientes, entrenadas para completar su performance siguiendo un esquema preciso de modos y de tiempos.

Si el plan era responder con hechos, Cristina estaba cumpliendo. Yo también lo haría. Le puse una mano sobre la nuca y apoyé de modo de forzarla a clavarse la verga hasta donde se vuelve insoportable. Hizo una arcada y retrocedió. Jadeando, me miró con ojos de animal asustado. Pero volvió a alojar la verga entera más y más allá de lo razonable hasta que una nueva arcada la obligó a retirarse otra vez. Me miró ahora no sin desafío en la mirada. Con una contorsión rápida se sacó la bombacha y montó sobre mi vientre. Me embocó con mano torpe –nunca lo había hecho antes- y se sentó encima. La fue engullendo lentamente. Primero sólo la cabeza, y me miró a los ojos. Milagro de milagros: coger mirándonos a los ojos. Fue como si se abriera una ventana sobre un cielo estival, saturado de estrellas. Me miraba a los ojos como si mis ojos fueran el espejo en el que pudiera regodearse con lo que sucedía en la parte oculta para ella de su cuerpo. Mirándose así en mi espejo tocó con la punta de los dedos, como un ciego que lee en Braille, todo el borde de la cópula. Cosa que nunca antes. En verdad, en verdad os digo, pronunció, súbitamente blasfema, que no sabe lo que es copular el que no ha conocido la cópula con las puntas de los dedos.

Yo me babeaba. ¿Dónde estaba antes esta esposa que no me conocía? Algo en mí se rebeló contra el milagro. ¿Era esto la consecuencia de una influencia? Sin apuro fue apoyándose sobre la erección, ingurgitando cada centímetro hasta que sentí todo el peso de su cuerpo sobre mi pubis. Su rostro se dulcificó con un matiz de sorpresa y maravilla inédito en ella, o que nunca me había mostrado. Apoyó las palmas de las manos sobre mi pecho y el pelo se le vino sobre la cara, robándome la divina visión. Traté inútilmente de colgar sobre sus orejas su pelo fino y sedoso como el de una niña. Sacate el pelo de la cara, pedí. Se inclinó, del cajón de su mesa de luz tomó una liga para pelo y con manos rápidas se recogió el pelo en la nuca. Entonces me acercó su cara y, con una sonrisa divertida, me la mostró, de frente y de perfil. ¿Satisfecho?, preguntó, orgullosa, consciente de que aún en esa mínima concesión estaba subvirtiendo nuestros modos. Comprendí que ella quería ahora mostrarme lo que siempre me había ocultado: su cara cogiendo, su cara en el goce. Y quería que supiera que lo hacía a conciencia y cuán importante era para ella. Pero ¿por qué ahora? ¿Qué pasó para que cambiara uno por uno sus modos y maneras, aún los más íntimos e ínfimos? Por primera vez, en el lecho nocturno, cogía no con el fantasma de Cris sino con ella misma, mujer y mía.

Como en un strip-tease en el que sólo queda por sacarse el triangulito, sólidamente anclada sobre mi verga se quitó la camiseta mostrándome las tetas. Nunca tuve con ella un erotismo de las tetas, que tanto gozo. Siempre fue para ella, sin verbalizarlo, por supuesto, como una parte sagrada de su ser mujer, la parte de amamantar, acto puro si los hay, una parte que no debe corromperse con caricias morbosas, que no debe ponerse al servicio de los alivianamientos de que provee la cópula. Rechazándome sin aspavientos, sólo me ha permitido tocamientos por encima de la ropa, sin efectos notorios sobre su coyuntura libidinal. Y ahora... ahí estaba, mostrándomelas, a la expectativa de lo que haría con ellas. La miré a los ojos y leyó correctamente lo que había para leer en mi rostro demudado por la ansiedad erótica: se inclinó más, hasta que con los pezones me rozó los labios. Belleza de las bellezas, redondas como manzanas, blancas como la leche, con los pezones apenas achatados como botones. Con verdadera unción erótica toqué, con la punta de la lengua, uno y luego el otro pezón. Soltó un suspiro sorprendido, como si no supiera del goce erótico que hay en las tetas. Sosteniéndolas con las palmas de las manos las unió, como ofrendándomelas.

Bendito sea Dios, suspiré, en trance y con la verga vibrándole dentro como una bestia briosa y atrapada. Empezó a cogerme con un galope onírico, como en cámara lenta, sus ojos fijos en los míos sin verme, como hipnotizada, drogada, olvidada de sí y abriéndose en la entrega sin límites. De pronto, en un instante, su rostro se convirtió en una más cara de expectativa tensa, la cogida se volvió frotación áspera en busca del momento. Cuando se vino, aflojándose con un gemido delicado, desde sus ojos volcó sobre mí todo su placer. Y no pudo sujetar una risita como de sorpresa por la intensidad inédita. Se derrumbó sobre mi pecho, la vagina se le contraía en torno a la verga, y suspiraba de placer. Su aliento sobre mi piel era como un aleteo de ángeles. Retomó el culeo, apenas moviéndose. Qué delicia irme así, pensé, con esta cogidita melosa. Sentía su cuerpo por dentro y por fuera, tan delicado, que me parecía que la verga, dura como una estaca, librada a la brutalidad de sus pasiones, podría lastimarla. No sin esfuerzo volvió a sentarse sobre mi pubis. Flojo como estaba su cuerpo la verga le tocaba el fondo de la cueva. La tomé de las caderas para comprobar como cuánto de anclada estaba en mi roca. Pensó que le pedía justicia orgásmica y retomó la cogida. Liviana como una nube, me miraba ahora con ojos brumosos y distantes.

Si acompasaba sus meneos con unos puntazos de mi parte, estaría en seguida pronto para acabar. Con mis manos en su cintura acompañaba yo sus deslizamientos a lo largo de mi verga.

Sólo unos segundos más bastarían... Pero no. De pronto recordé el mandato: responder con hechos. Desde abajo aceleré la cogida pero me contuve. Comenzó a crecer su excitación. Me miró con ojos de pregunta y la miré con ojos de exigencia. Entendió. Obedeció acelerando la cogida hasta que se inmovilizó, sin aliento, abriendo mucho la boca, mirándome con ojos redondos maravillados como si tuviera a la vista la Tierra Prometida y acabó, con un gemido casi grito, finalmente descontrolado, con la mezcla exacta de placer y de pérdida que comporta un polvo cuando realmente es perfecto. No acabé. Sentada sobre mi pubis Cristina jadeaba profundamente, como exhausta. Vi, sentí, intuí cómo destilaba gota por gota en su cerebro la comprensión de lo que mis hechos implicaban. Sí, dije, como si yo le hubiera dicho algo. Tomé sus tetas en mis manos. Tenía la piel empapada por el sudor. Se las oprimí y estrujé con morbo del más puro, del que tanto había huido siempre. Le tiré de ambos pezones, con fuerza, como si fuera a colgarla de los pezones. Desde el fondo de su cansancio me miró con ojos de temor, como si realmente no supiera que sería yo capaz de hacerle.

Mi amor, le dije, estirándole así las tetas. Cogeme, dije. ¿Debo aclarar que semejante palabra por primera vez sonaba entre nosotros? Con mis manos en su cintura acompañaba yo su culeo, y con mis ojos devoraba aquella imposible mutación de esposa en mujer. Cogeme, le dije otra vez, por el simple placer de decírselo. La palabra la calaba, la lanzaba a un galope frenético en busca de mi orgasmo. Uní mis manos detrás de mi nuca y me entregué a la contemplación. Aquello era más que lo que jamás hubiera pedido. Cristina danzaba endemoniada, clavada en mi verga, removía, se frotaba y se clavaba cuanto podía, y me miraba con ojos de locura, de culparme de haber corrompido irreversiblemente su sentido del pudor, decidida a hacérmelo pagar caro, aniquilándose con un orgasmo como San Jorge al Dragón con su alabarda. Pero en su descontrol el orgasmo que encontró no fue el mío sino otra vez el suyo. Al acabar me miró con una mezcla de sorpresa y furia, como si la hubiera traicionado. Pero la sorpresa le duró poco. Se afirmó a fondo en la cogida, con los dientes apretados, como decidida a esta vez no dejar nada fuera de la hoguera. La ola, enorme, la superó y la lanzó sobre mi pecho como a un naufrago exánime sobre las ardientes arenas de la orilla. Su gemido fue esta vez agónico, se había lanzado al abismo y había llegado a tocar algo así como el más allá del orgasmo. Aleteando como un pájaro herido, retorciéndose como un pez fuera del agua, empapándose con su sudor, blanda, como sin huesos, yacía sobre mi pecho, fuera ya de todo combate imaginable. Entonces, casi sin moverme, apenas lo suficiente, casi sin topar contra su concha para no despertarla, bajo su cuerpo lacio ondulando de puro placer, dejé que la verga se hinchara y que la boquita se abriera para que el torrente bañara los pasillos vacíos y silenciosos que conducían a lo más oculto de su alma.

Como si necesitara de mi aliento para resucitar levantó la cara y pegó sus labios a los míos, colgando de ellos como del borde de un sueño. Más de una vez sucedió que, en un polvo diurno, de parados y desde atrás, la llevé a un segundo orgasmo antes de acabar yo. Acabada, le costaba mantenerse en pie, permanecía apoyada largos segundos antes de retomar a vertical. Siempre disfruté verla agotada a tal punto. La cogí hasta que no pudo sostenerse en pie, pensaba orgulloso como el guerrero que regresa victorioso. Ahora, noqueada por tres orgasmos, apenas podía abrir los ojos para leer en mi mirada mis designios. Todo lo que veía era un horizonte inalcanzable, que se negaba a acercarse por más que ella reptara en el desierto. Estaba tan floja que se babeaba sobre mi pecho. Lo que sin duda leía en mi mirada en mi mirada era mi decisión de también responder con hechos a las preguntas informulables. De pronto su mirada hizo foco en mis ojos, como si se sorprendiera por algo extravagante: yo ya no era Andrés, su marido, sino un monstruo de sensualidad que la tenía prisionera de su verga implacable. Los ojos se le abrieron ante aquella visión tan deseada como temida. Para

apaciguar sus tormentas atrapé su boca con la mía que le dijo, cosa por cosa, todo lo que quería escuchar.

Apoyándose sobre un codo se semi-incorporó y me miró a los ojos y por las tensiones de su expresión supe que estaba como a punto de decirme algo muy importante. Se arrepintió, o recordó que habíamos pactado hablar sin palabras. Se puso en pie, se cubrió con el salto de cama, por si Sofi todavía estaba despierta, cosa por demás improbable, porque se dormía apenas le apagábamos la luz. Abrió la puerta del dormitorio y se volvió para mirarme una vez más, a los ojos, como si quisiera estar más que segura de que tenía razón. Vení cuando te llame, dijo, salió al pasillo y entró al baño. Feliz como una perdiz en aquella noche de renovación espiritual, esperé su llamado sin hacerme preguntas. Seguramente estaría haciendo sus necesidades y luego me llamaría para ducharnos juntos. Se abrió la puerta de baño y la oí llamándome. Estaba desnuda, sentada sobre sus talones en medio de la bañera. Cerró con llave, pidió. Metió la mano en la portañuela del pijama y sacó el miembro a medias tumefacto todavía. ¿Querría chupármela otra vez? ¿Por qué aquí? ¿Querría que le acabara encima? La sola idea lanzó una onda de cosquilleos en mi vientre. ¿Cristina quería demostrarme que podía recorrer el camino de todos los excesos?

Sí... pero no como yo lo imaginaba, no chorreándole semen en la cara y en las tetas, no eso, no al menos esta noche. Meame encima, dijo sin mirarme, como si le hablara a la pija. Y se quedó así, con la verga cabeceando a centímetros de su rostro, esperando que algo pasara. Que le meara encima o que rechazara con disgusto su pedido. Durante largos segundos no entendí lo que había dicho. ¿Mearle encima? Nada podía ocurrírseme de más absurdo. Sabía, por supuesto, que eso, mear encima del otro, existía. Pero ¿en Cristina? ¿En la impoluta, prístina Cristina, paradigma, al menos que yo conozca, del deseo de elevación y de pureza? ¿Mearle encima a la esposa amada, al amor de mi vida, a la madre de mi hija y reina de mi hogar? Los labios le temblaban de ansiedad. Respiraba entrecortado. Me pareció que iba a ponerse a llorar. Me arrodillé y la besé en los labios. Estaba temblando en serio, como en hipotermia. ¿No querés hacerlo?, preguntó sin mirarme a los ojos. Era lo que quería, era su deseo, no podía no hacerlo por absurdo que me pareciera. Me paré, descapoté la verga. ¿Dónde?, pregunté. Por todas partes, dijo levantando la cara, con los ojos cerrados y ofreciéndome las tetas con las palmas de las manos.

Si algo no había imaginado ni en mis ensueños más calenturientos, ese algo era mear encima de Cristina. ¿Era este el portal que nos conduciría a otra manera de honrar nuestro contrato conyugal de exclusividad sexual? Tenía la vejiga llena como para explotar, de manera que apretando justo antes del glándulo para ganar presión y lanzar la meada más lejos, me solté. En realidad, pensé, no tenía alternativa: si rechazaba su deseo ¿cómo seguiríamos adelante? Sería abrir una brecha entre nuestras sexualidades imposible de cerrar. Me solté, pero tardó en salir. Como que desde algún rincón de mi cerebro algo se empeñaba en alertarme de que la maniobra de mear estaba mal orientada. Mi amor, voy a mearte, dije, más que por un ataque sentimental para animarme consiguiendo una re-confirmación de la orden. Sí, suspiró apenas. El chorro finito por la presión y perfectamente translúcido, poco oloroso, propio de tipo bien hidratado, le dio en plena cara, entre los ojos. Cristina gimió, de inmediato en trance de goce. Apretando el tallo suspendí el chorro. ¿Más?, pregunté. Más, suspiró. Todo, dijo. ¿El pelo también?, pregunté un poco en plan de boludo irritante de tan deseoso de hacerlo bien. Meame toda, dijo ya con más voz, pero sin abrir los ojos. Ahora, exigió impaciente, estremecida de voluptuosidad.

Solté el chorro otra vez, presionándolo para hacerlo durar lo posible. Me dediqué a regarla de arriba abajo y a los costados. Llevó una mano a la entrepierna y se penetró. Culeó contra sus dedos, vibrando toda, mientras con la otra mano se expandía la meada, como si fuera un champú, por todo el cuerpo, por las tetas especialmente. No podía creerlo. Se estaba haciendo la paja para mí, para mis ojos. No mires lo que hago, digo absurdamente, con la voz quebrada por el goce. En la boca, exigió con urgencia. Dirigí el chorro a su boca, sus labios se separaron y meé dentro, su cavidad bucal se llenó con el sonido con que se llena un vaso de agua, y entonces tragó. Tragó una vez, dos veces y devolvió el resto. Más, pidió volviendo a abrir la boca. Más le di. La paja que se hacía era ya brusca, nerviosa, se retorció los pezones. Finalmente se me acabó la meada. Le acerqué la verga a la boca, al sentirla contra los labios abrió la boca y la dejó entrar. La chupó como si chuparla la fuera a salvar, a ella o a la verga, de quién sabe qué. No del orgasmo que ya le estaba reventando. Soltó la verga. Andate ahora, pidió a punto de acabar. No lo hice. Quedé ahí parado, mirándola acabar, apretándose la mano con los muslos, doblándose y retorciéndose, temblando como una hoja en la tormenta, agarrándose del borde de la bañera para no derrumbarse.

Cristina meada de cabo a rabo, pajeada hasta más no poder. Mi amor, mi esposa, mi amante, le dije y salí, cerrando la puerta suavemente. Me tendí sobre la cama, no tan exhausto como incrédulo, oyendo el susurro de la ducha. Repasé los hechos, más explícitos que cien mil palabras. No éramos la misma pareja que se había metido en la cama una hora antes. Nuestra vida anterior se alejaba a velocidad de vértigo. Nuestra nueva vida no hacía más que empezar, todo estaba por escribirse, sin hábitos y sin rutinas todavía. No me había dormido cuando Cristina terminó su larga ducha, pero flotaba fuera del mundo, con una increíble sensación de ligereza y con la mente completamente en blanco.

Cuando abrí los ojos se había puesto un viso de seda y, con una toalla a manera de turbante por el pelo mojado, se tendió a mi lado. Tomé su mano con la mía. Mañana hablamos, susurró, ya pisando la espiral del sueño. Mañana fue concretamente desayunando después que la camioneta del colegio se llevó a la nena. Marta –su socia en el Estudio Contable- me contó que padece de urolagnia, empezó Cristina muy tranquila, muy dueña de sí, repartiendo meticulosamente la mantequilla sobre su tostada, quilómetros por encima de los abismos a los que se entregara la noche anterior. Y siguió: No es el tipo de cosas que hablamos con Marta, para nada, pero ella acababa de descubrirlo y estaba realmente perturbada. Yo ni sabía qué quería decir esa palabra. Pero cuando me lo explicó quedé, como comprenderás, muy impresionada. Oyéndola me preguntaba si éste sería el nuevo modelo de Cristina que me esperaba para el futuro, la misma lógica implacable, cuadriculada e intransigente pero incorporando como normalidad las paradojas y los sinsentidos del Deseo. Marta me recomendó que viera en Internet unas pornografías que muestran cómo es eso. Y los vi – continuó. De inmediato me identifiqué con el placer que experimentaban aquellas mujeres. Sentí que deseaba para mí lo mismo. Suspiró y sonrió como si el tema a la vez le pareciera divertido y la superara. Mordió con hambre su tostada. Cristina come poco, pero – paradójicamente- come con hambre. ¿Vos sabías de eso?, preguntó. De oídas, respondí. Se limpió los labios con la servilleta. ¿Te gustó?, preguntó. ¿Qué podía decir? Sí, dije.

Felicia consiguió en un remate un sofá de tres cuerpos y sudó la gota gorda para ubicarlo en un rincón de su trastienda, tan arrinconado que, para verlo, habría que estar ya dentro de la trastienda, hasta donde difícilmente podía llegar la curiosidad impertinente de alguna de sus clientas. El mueble, sólido y profundo, permitiría ampliar significativamente el menú de

nuestros encuentros. Me parecía a la vez natural y maravilloso que Felicia se esforzara por transformar en la medida de lo posible nuestro precario lugar de fugaces encuentros en algo que se pareciera a un nido de amor. Miguel, mi marido, lo encontró cómodo para leer el diario, y los nenes preguntaron si iba a poner una pantalla para ver dibujitos, dijo Felicia, divertida pero sin ironía. Compró también una heladerita de motel, que colocó sobre la mesa de trabajo de la trastienda, dotándola de botellitas de Salus y latas de Pilsen y de Coca. Miguel pensó que las cervezas son para él, y los chicos dijeron que las cocas son para ellos. Todos contentos –dijo Felicia, sonriente y alzando un poco los hombros, pero sin picardía. La heladera estaba ahí, por supuesto, para darle gusto y fresco a su amante.

Con estas novedades esperaba Felicia mi nueva visita. Menos veinte llegó a la tienda. Yo estaba en la vereda de enfrente, un poco hacia la esquina, esperando para verla llegar. Con energía envidiable levantó la cortina metálica. Una mujer bella, fuerte, decidida. Abriendo su boliche para otro día de trabajo. Me sentí orgulloso de ser el amante de aquella belleza que levantaba la cortina metálica hasta arriba, hasta que el vestido deja ver sus corvas, que sólo a un eunuco podrían no despertarle el apetito. Sentí, claramente, que ella había convertido mi mirada en una mirada de ternura, a imagen y semejanza de la suya. Felicia hacía de mí alguien mejor, más capaz de amor, pensé deslizándome, rápido como una sombra, antes de que ella llegara a cerrar la puerta.

En el abrazo nuestros cuerpos se ajustaron con tal precisión como si hubieran estado hechos a medida, tanto así que nos parecía estar abrazándonos desnudos. Te siento como si estuvieras desnuda, le dije jugando con sus labios, que se ofrecían pasivos, dispuestos a ser devorados. Mis palabras le dieron una idea. Sentate en el sofá, dijo. Tenía puesto un vestido entero, flojo, amarillo, justo por debajo de las rodillas. Miró su reloj pulsera. Faltan veinte minutos para la hora de abrir, dijo, como pidiéndome autorización para lo que pensaba hacer. No dije nada. Mirarla así, con cierta distancia, activaba toda mi capacidad de fascinación. Cada uno de sus gestos y sus movimientos, por banal que fuera, me resultaba de tal belleza, sublime a tal punto como si estuviera mirando al universo entero desde el otro lado, desde el lado de los que lo crearon para divertirse con él. Felicia tragó saliva, indecisa, preguntándose si hacer lo que había pensado hacer.

Mirándome a los ojos se soltó el cinturón que le ceñía el vestido en la cintura. En sus ojos había la promesa de reservas incalculables de ternura destinadas a curar todas las llagas posibles de la existencia. Soltó unos botones en el cuello, deslizó el vestido sobre sus hombros y lo dejó escurrirse cuerpo abajo hasta sus pies. Me rompió los ojos la fragilidad y el glorioso poderío de su cuerpo de mujer. La lujuria, la lubricidad, el descontrol de deseo no me han dejado nunca ver la verdadera belleza del cuerpo de mujer que me es ofrecido, comprendí súbitamente. Me miraba como la Virgen mira a sus humildes devotos en sus Apariciones. Me miraba con dulzura, con condescendencia, con comprensión, perdonándome toda mi ceguera y todos mis pecados. Me miraba mirarla, veía que mi mirada se detenía y anidaba en su pubis desnudo. Cada día pienso que vas a venir a visitarme, y cuando de mañana me preparo para venir me saco la bombacha, al hacerlo me excito, caminar hasta aquí desnuda bajo la falda me pone al borde del orgasmo, dice llevando las manos a su espalda para soltar el sutién. Se lo quita y sus tetas, magníficas, desbordan, los grandes ojos rosados de su cuerpo buscando mi mirada. Completamente desnuda Felicia permanece de pie frente a mí. Como si esta fuera nuestra noche de bodas y me mostrara su cuerpo desnudo por primera vez. Sus manos se vuelven para mostrarme las palmas, como diciendo: Esta es la dádiva, este es el cuerpo con el que la vida te ha premiado, a cuenta de amor y protección y para que lo siembres.

Hasta ahí la ensoñación. Porque Felicia no es mía, mi posesión de Felicia es furtiva, y el fruto de su vientre no es de mi semilla. A la belleza completa, espléndida, paradisíaca del cuerpo de Felicia se superpone un sentimiento que es a la vez el de la pérdida y el de lo inalcanzable., y que me rompe el alma. Del cual sé, con absoluta certeza, que la única manera de mitigarlo es la fruición total, sin límites, la extenuación, no tanto del cuerpo como de la conciencia y sus angustias. Me mira con dulzura, con indulgencia para con la decepción y el dolor que ve de pronto en mi mirada, porque esa frustración y esa pérdida son los que ella misma experimenta al desearme, al correr hacia mí con la entrepierna desnuda. Somos Adán y Eva, desbordados de amor pero ya perdidos el uno del otro para siempre. Vení, Felicia, que estos minutos nuestros son toda nuestra eternidad, le digo como quien eleva una plegaria a la divinidad. Se aparta del charco amarillo y viene a mí. La tomo por la cintura para oler su delta trigueño remontándolo lentamente hacia su vértice y luego hacia sus fuentes. Cuando mis labios encuentran los labios de su sexo pone sus manos en mi cabeza y me acaricia el pelo, jugando con mis rulos. Felicia pone un pie sobre el sillón para abrirme el camino hacia el sancta sanctorum. Busco la entrada con la lengua. Felicia se esfuerza por allanarme el camino. Huele a la vez a jabón y a concha. Lamiéndole la boca de la vagina no puedo no pensar que nunca va a cruzar esa puerta el hijo nuestro. Amo a Felicia, con la nariz contra su pubis y la lengua penetrándola, abriéndole las nalgas y rozándole el ojeté con la yema del índice, me digo que desde lo más profundo de mi ser, la amo. Su cuerpo es, de una vez por todas, la Tierra Prometida. Chupo el capuchón del vértice, haciéndolo alzo hacia sus ojos la mirada, sus ojos son cielos de ternura. Suelta un suspiro de placer. Estoy donde quiero estar, a sus pies, con la cara entre sus muslos, aplicada a chuparle la concha. Me tironea suavemente del pelo para que suelte la presa, lo hago, levanto la cara hasta sus tetas, las tomo con ambas manos y me acaricio la cara con ellas. Chupo despacio, largamente los pezones. Mi amor, dice, mirándome hacerlo.

Me pongo en pie, besándola en los labios, le digo: Perdoname lo que voy a hacer. Me besa en la boca. Te perdono, dice. ¿Qué vas a hacer? Voy a preñarte, le digo. Me besa con toda la boca y bebo toda su saliva. La guio para que se arrodille en el sofá. Mi amor, dice como si lágrimas dulces manaran de sus ojos. Me bajo el pantalón hasta las rodillas. La verga cabecea como un toro a punto de embestir. La concha se le abre sola, completamente, como se abre una yegua pronta para ser servida. Como convocada desde lo hondo de su vientre la verga se emboca sola y la penetra. ¿Me vas a preñar?, ronronea. Sí, le digo, sintiendo todo a lo largo de la verga la caricia sedosa. Hacelo despacio, dice culeando suave contra mi vientre. Me lleno las manos con sus tetas, las oprimo, retuerzo los pezones. El culeo mutuo es lento, pero duro y profundo. Ya no sé quién soy, desvaría. Sólo una concha abierta esperando que me acabes directamente en la matriz, desvaría. Ni sé quién sos vos, no tenemos nombres. Anoche soñé que no teníamos nombres. Soñé que éramos uno solo y que por eso no teníamos nombres. Eso es la pareja verdadera, ya no tener nombres, dice y su voz es fresca y cristalina como el murmullo de un arroyo. Llename de leche y preñame porque soy vos, soy tu mujer, soy tuya, dice. Deseé no haber echado polvo alguno durante la semana para echarle el polvo de mi vida, de su vida, para preñarla de todas las preñeces, para colonizar su cuerpo de una vez y para siempre y ponerlo a parir lo mío. Ahora voy a acabar, avisé. Ambos aceleramos, perdiendo el unísono y la armonía, frenéticos al sentir el gran apagón aproximándose. Al acabar Felicia lloró, de placer o de plenitud al recibir en lo hondo de la concha la consumación de mi deseo de preñarla. Acabados por completo y apaciguados así quedamos, inmóviles, encastrados como queriendo eternizar el momento en que nuestros cuerpos se convirtieron en uno.

Me mira por sobre el hombro. Tengo que abrir, dice, pero no quiero moverme. Siento cada milímetro de tu pija, me siento llena de vos, siento que tu leche me preña. Andá a abrir, yo te espero acá. Desmonto. Felicia se pone el vestido, del vestido saca un pañuelito, el mismo quizá que la otra vez, y se lo coloca en la entrepierna. Me siento en el sofá a esperarla, con la verga desnuda y apuntando al Cielo. Al abrir, tilín-tilín, su primer cliente del día ya estaba allí. Ah ¿estabas ahí? ¿Y por qué no abrías?, cacarea una vieja. Este es un barrio de viejas de mierda, chusmas y mala onda. Felicia la trata como si nada y con mucha paciencia. Me encanta su voz apenas grave e increíblemente melodiosa. No puedo creer que no se enamore de ella cada persona que aunque no la vea, la escuche. Me siento orgulloso de ser el elegido para gozar de su esplendor. Tilín-tilín, pero al salir una vieja entra otra. Entre una y otra Felicia se asoma a la trastienda, buscándome con la mirada, como si temiera que me hubiese escapado, aunque tal cosa fuera imposible. La segunda vieja dicharachera y conversador terminó por impactar duramente sobre mis ansias. Felicia empezó a sonar como resignada. Tilín-tilín. Fin del parloteo, salida de la segunda vieja. Es comienzo de mes, cuando hay algún peso para gastar – me explica volando a arrodillarse entre mis muslos. Toma la verga, que ya está a media asta y se llena la boca con ella. Los mimos que le prodiga son tan intensos que no tarda en tenerla saltando de contenta. Se la saca de la boca y la menea con mano firme. Quiero más leche dice, y los labios le bailan de pura ansiedad. Decime cuando estés a punto porque la quiero adentro, dice pajeándome con mimo pero sin pausa. Me voy, le digo. Entonces monta sobre mis muslos, se saca el pañuelo y me inserta en su cuevita, lubricada con mi propio semen. Me coge frenéticamente. Mi amor, mi amor –murmura con angustia y grita, grita cuando acaba y siente que acabo. Jadeamos, como dos luchadores dispuestos a dar por empatada la partida.

No queda más por hacer, nos miramos como mareados. Furiosos porque no hay más por hacer y porque no hay más que hacer que separarnos. Desmonta, su pañuelo está empapado, me pregunta si tengo uno. Tengo uno, no de prolijo que soy sino porque Cristina me obliga a llevar un pañuelo limpio, que nunca uso en realidad. Se lo doy. Desmonta y se lo coloca entre las piernas. Ahí va a estar hasta que me bañe esta noche, dice como para asegurarme de que no lo va a perder. Estamos desconcertados, acabados hasta la irritación. Respiro hondo para dejar de jadear. Me voy, le digo. Esperá, dice. Me mira como avergonzada de lo que va a decir. Se abre el vestido y saca una teta. Marcame, dice. Me quedo mirándola como incapaz de integrar la idea. No me mires así, dice, ofreciéndome la teta. ¿Te parece una buena idea?, pregunto, no porque la rechace sino pensando en que tendrá que ocultársela al marido, o explicársela. No es una idea, lo necesito, necesito tu marca en mi piel, dice. Me inclino y le muerdo la loma de la teta. Mas fuerte, dice. Obedezco. Como si no le doliera en absoluto. Y chupá fuerte para que el moretón sea grande, dice. Lo hago. Imposible eludir el compromiso. Ahora vos, le digo subiéndome la camiseta. Me miró con la ternura con la que puede mirar una tigresa. Se inclinó y mordió justo encima de la tetilla, mordió con todas sus fuerzas. Dolió realmente, casi grito. ¿Lo vería Cristina? No lo creo, no es de estar explorándome el cuerpo. Pero ¿y si lo viera? ¿Qué diría? Sabría que fue una amante y sabría que esa amante no es cualquier cosa para mí.

Nos besamos largamente. Tilín-tilín. Estoy enseguida, dice levantando la voz. Y seguimos besándonos. Entonces me dice: No estés preocupado, estamos muy lejos de mis días de fertilidad. Siempre te estoy esperando, dijo después, cuando hubo despachado y me pudo acompañar hasta la puerta. Dios mío, exclamé al ver el cielo azul con su tropel de nubes en fuga, gracias por haberme permitido llegar hasta esta primavera.

Nochebuena. El rey Sol, depuesto, envuelto en sus oropeles, ha huido entregando el escenario a una perfecta noche de verano, saturada de luminarias y bañada por una brisa fresca en la que es posible, inspirando hondo, reconocer el olor del mar. El flamante verano se prueba sus galas. La tradición familiar, a la que tanto se remite Hugo como última garantía, prescribe, para la ocasión, el lechón a las brasas. Padre e hijo han honrado la tradición reavivando el colchón de brasas durante largas horas. Hasta que, sudando a mares, como fogoneros de un buque a vapor, los héroes de la epopeya gastronómica proclaman que el mamón no necesita ya de más cuidados. Hugo exige la prelación para la ducha revivificante. Leo, disfrutando del agradable estado de confusión en que lo han sumido los varios martinis, se encamina a la cocina, donde, como por arte de magia, Cristina y Sonia han estado desde hace largo rato codo con codo parlotando y preparando una ensalada rusa y una ensalada de frutas. Qué las reconcilió, inesperadamente, de su nunca explicitada ojeriza mutua, está por verse. En lo que me concierne, el milagrito me alegró la tarde: así es como uno quiere la interna familiar, en armonía. Fui detrás de Leo, y al llegar a la puerta de la cocina ¿qué veo? Leo se ha parado entre las dos mujeres, que trabajan en la mesada y tiene una mano sobre las nalgas de cada una. Luego de besar a Sonia en los labios se vuelve hacia Cristina, que le ofrece los suyos. Leo los toma, ¡Un momento! ¿Qué pasó? ¿Me comí una cabeza de peyote creyendo que era un pepinillo en vinagre? ¿Es cierto lo que veo, o alucino? Di rápido un paso atrás, incapaz –por el momento al menos- de encarar una situación de tal índole.

Volví a sentarme bajo la parra. Susana, toda emperifollada y hediendo a perfumes franceses, despliega sobre su mejor mantel su mejor vajilla, sus mejores cubiertos y sus copas de cristal de Bohemia, compradas hace veinte y pico de años en el primer viaje a Europa, y tan poco usadas que poco a poco se le van desafinando. Comprueba contra la luz cada pieza para asegurarse de que está impecable. Me preguntaba una y otra vez qué hacer. Había vagamente sospechado que quizá, en una lejana adolescencia, secreta y mal vigilada... son cosas que pasan, más a menudo de lo que se cree, hasta se lo puede ver como parte de la iniciación, del aprendizaje... está mal, por supuesto, pero se cura, se olvida. Pero ¿ahora? ¿Ya casados y con hijos? ¿Y con Sonia de cómplice? Me pregunté si el secreto compartido con Sonia no sería el precio de la inesperada reconciliación. Y a mí me dejaban fuera... ¿temerían mi Santa Ira? Decidí llamarme a silencio. No soy capaz de hacer escándalo por algo finalmente... inofensivo. De que Sofi es mi hija no tengo la menor duda, y es lo único que podría significar un casus belli. En cuanto a darme por enterado... tendrían que ser ellos los que me pusieran al tanto. Por lo demás, a mí, con saber, me alcanza, no necesito que sepan que sé. Con Leo, ciertamente, estábamos a mano: generoso y ecuánime como es, más allá de sus mañas, había llevado la partida a tablas, ofreciéndome a su mujer.

Para relajarme decidí dar un paseo por el jardín que rodea la casona familiar. ¡Ah, la bella noche de verano! El susurro de los árboles, el llamado de algún solitario pájaro nocturno, el croar de las ranas en el estanque. A través de la ventana del living vi a Sofi, con Leandro y Maggie, uno de cada lado, muy abstraídos mirando una vieja película de Winnie the Pooh. Al pasar junto a la ventana del dormitorio de Hugo y Susana oí sus voces. Vení, mi amor, no seas malita –decía Hugo. No, no seas loco, ya lo hicimos de mañana, replicaba Susana. Un poquito nomás, mirá como estoy, insistía él. Se van a dar cuenta los chicos, protestaba ella con voz que evidenciaba el empeño físico que ambos estaban poniendo en la cuestión. Me asomé y por entre los postigos y a través de la cortina de seda transparente los vi a ambos, entre lucha y abrazo, él con la toalla atada a la cintura. Sólo unos minutitos, los chicos no van a venir a molestar, cerré la puerta con llave, insistía Hugo. De pronto Susana aflojó y se dejó abrazar y besar en la boca, con tanta pasión que parecían luchadores de sumo. Está bien, concedió

finalmente Susana. Pero sólo chupete, no quiero que te agites. Conforme con lo logrado Hugo se sentó en la cama, de espaldas a la ventana y se quitó la toalla. Mirá que sos fatal, dijo Susana, comedida y coqueta al arrodillarse para cumplir con su parte. Uf, hizo Hugo al recibir la caricia, y con la mano en la nuca de su esposa, le marcó el ritmo. Así, mi divina, decía. Me alejé discretamente, no fuera cosa que me descubrieran espiándolos. ¡Divina Susana! Envidie su cachondez de veteranos y me pregunté si Cristina y yo experimentaríamos ansias similares al llegar a su edad.

Cenamos, pues, en un ambiente regocijado y sereno, por primera vez –curadas de su ojeriza Cristina y Sonia- sin grieta alguna. Realmente sentí que estábamos todos dispuestos a aceptarnos mutuamente en nuestras diferencias y en nuestros defectos, y a asumirnos en conjunto como familia, es decir, como un grupo que es más que la suma de sus partes, y a cuyos intereses todos nos sometemos. En una cabecera estaba Hugo, con Susana y Cristina a sus lados, y en la otra estaba Sofi, con Leandro y Maggie, a los que ayudaba cortándoles los bocados de carne. El lechón, tan cuidadosamente asado, arrancó exclamaciones de deleite. Leo, que es un excelente fotógrafo, lo preservó para la posteridad retratándolo sobre la parrilla, y luego obteniendo gestos aprobatorios de todos los comensales, incluidos los niños. Hugo fue el encargado de servir y lo hizo con la habilidad de un experto en anatomía porcina. El barrio de Hugo es de los que gastan más en pólvora a fin de año, y terminamos cenando bajo las primeras lluvias de luces multicolores. Susana y los niños respondían a cada estímulo con exclamaciones de asombro.

Hacia el fin de la cena, comenzando a arreciar los fuegos de artificio, Cristina puso su mano sobre la mía y me miró, con una sonrisa plácida en los labios y en los ojos. Cree en cosas como formular deseos bajo un cielo de artificio. La veo tan feliz que se me llena de alegría el corazón. Sofi, viéndonos tan amorosos, se acercó y nos besó a uno y al otro. Uno de esos momentos que uno pide que el tiempo se detenga para siempre. Hugo y Susana se hablan al oído y Leo y Sonia abrazan a sus pequeños. Que no haya una guerra, que no haya una epidemia y que ninguno de nosotros enferme y se muera antes de tiempo. Vino el momento de la fruta seca, la fruta glaseada y el champán. A Sofi le pedí que sirviera la ensalada de frutas, cosa que la llenó de orgullo. Me miró con esa sonrisa contenida que tan bien le conozco. Susana sudó la gota gorda porque lo que estaba en juego era su porcelana fina, pero Sofi, cuidadosa como si llevara explosivos, llegó a cada uno con un pote de ensalada y una cucharita castañeteando sobre el platillo. Yo fui el último, y al servirme me dijo al oído: ¡Ay, papá, qué ideas que tenés! Las copas de champán se elevaron burbujeando cuando el cielo explotó mil veces. El ruido era tan fuerte que ni oíamos los brindis. Durante segundos interminables los nueve alzamos la cara al cielo iluminado, como si posáramos para una peculiar representación de la Anunciación.

Y así es cómo la Humanidad, dos mil y pico de años después, sigue celebrando el nacimiento de un judío de Galilea, hijo de un carpintero, que irritó a tantos –a tantos judíos, por supuesto- que finalmente consiguió ser ajusticiado junto con una partida de criminales, dijo Sonia con la intención de poner a salvo su reconocida condición de iconoclasta. Cristina llegó con la bandeja del café. ¿Nadie se siente ofendido por mis palabras?, pregunta Sonia, un poco decepcionada. Bueno... yo era católica..., confiesa Susana. Y sigo siendo cristiana, concluyó con más firmeza, casi desafiante, abrochándose el botón superior de la blusa, como si hubiera refrescado o como si hablar estos temas la hiciera sentirse como en misa. Ah, bien, dijo Sonia. ¿Creés que Jesús era un dios hecho hombre?, le preguntó con tonito capcioso. Bueno... no... tanto no..., respondió Susana, dubitativa. Perfecto, se burló Sonia sobriamente y escondiendo la V detrás del pocillo de café. Sofi, llamó Hugo, sacudiéndose la modorra. ¿Podrías traerme la

caja de habanos que está encima de mi escritorio? Leandro saltó, decidido. Yo voy, dijo y salió corriendo. Pasaron minutos sin que volviera. ¿Voy a ver qué pasa?, preguntó Sofi, preocupada. No hace falta, ya va a traerlos, Leandro es muy concienzudo, debe de estar revisando cuarto por cuarto toda la casa, dijo Leo.

Finalmente con la caja de puros en la mano, Hugo le ofreció uno a Leo y uno a mí. Encendió el suyo y pasó el encendedor. ¡Qué rico aroma!, dijo Sonia. Yo te doy del mío a probar, dijo Leo, encendiendo. Bueno..., dijo entonces Hugo, envuelto en su nube, como un Júpiter Tronante. Este es el momento adecuado, nos parece, para comunicarles algunas decisiones que hemos tomado, anunció poniendo su mano sobre la de Susana. Sonia, con el puro de Leo en la boca, la barbilla apoyada sobre el puño y el codo sobre la mesa, parecía Groucho. Sofi, llévate a los niños, Maggie está durmiéndose, ordenó Cristina. Despejado de infantes el horizonte, con los cuatro pendientes de lo que fuera a decir, Hugo se tomó aún largos segundos antes de hablar. A fines de febrero, anunció finalmente, mamá y yo nos vamos de viaje a Europa, un mes, dos meses, lo que sea hasta que nos aburramos de ver castillos y catedrales. Bravo papá, bravo mamá, saltó Cristina, entusiasmada. Pero esa es sólo la primera de las decisiones que queríamos comunicarles, aclaró Hugo dedicando una sonrisa amorosa a su hija adorada. Y aquí hizo otra pausa, respiró hondo, y su mirada se cruzó con la de Susana, que le sonrió y le hizo que sí con la cabeza. Cuando volvamos, dijo finalmente Hugo, ya no voy a volver a la empresa. Quedamos los cuatro de una sola pieza. Las miradas se concentraron en Leo, con quien Hugo evidentemente no se había molestado en discutir la decisión. La empresa queda definitivamente en manos de mi hijo, que ha demostrado su capacidad y su responsabilidad para manejarla, agregó Hugo. Ciertamente esta decisión era lo que Leo deseaba, y que, sin éxito alguno, solapadamente había sugerido más de una vez. Pero en fin, si era bueno para Leo, era bueno para todos. Me pareció una decisión para aplaudir, y aplaudí. Cristina, Sonia, y finalmente el mismo Leo, se sumaron. Hugo, emocionado, luchaba para que no se le plantara un lagrímón, pero por las mejillas de Susana corría el agua salada.

¿Y a qué te vas a dedicar?, preguntó Leo, cauteloso, una vez que pasó el sofocón. No te preocupes, Leo, considerame un asesor, y cuando te parezca adecuado y necesario podés recurrir a mi experiencia, explicó Hugo. Entiendo, papá, pero vos ¿a qué te vas a dedicar?, insistió Leo. ¿A leer el periódico todo el día en pantuflas, a escuchar música, a ver películas, a trabajar el jardín, a ver a tus viejos amigos? Leo, evidentemente, no creía que Hugo fuera a retirarse. Sabía que los creadores de empresas sólo abandonan su puesto con los pies por delante. Sonia seguía el ping-pong con curiosidad, Cristina lo seguía seria y atenta, más consciente de lo que estaba en juego y de los forcejeos anteriores en la materia. Entonces en los labios de Hugo afloró la sonrisa pícaro de los que saben que van a soltar una buena sorpresa. Voy a poner un taller mecánico, dijo Hugo y sonó como si hubiera dicho que iba a aprender equilibrista. Debe de haber visto nuestras caras de escándalo, porque de inmediato aclaró: Se trata de un taller de restauración de modelos de automóviles discontinuados, dijo muy orondo. Susana lo miraba emocionada, con orgullo, como comprobando una vez más el espíritu indomablemente creativo de su marido. ¿Un taller mecánico, papá? ¿Estás seguro?, preguntó Cristina, disimulando apenas su preocupación. Toda mi vida, como ustedes saben, los automóviles antiguos han sido mi pasión, dijo Hugo. Basta con echarle un ojo a mi biblioteca. Yo no lo sabía. Sabía que tenía un Borgward del año de la canica, en impecable estado, como recién salido de fábrica, pero pensaba que era una extravagancia sin consecuencias. Hugo que vio que no soy nada tuerca había prescindido de intentar compartir conmigo su pasión. Que te gusten los autos viejos no significa que puedas poner un taller especializado, objetó Leo, desconcertado. Ciertamente, coincidió Hugo con la sonrisa de quien tiene en su mano la baraja

ganadora. Pero me he conseguido el socio ideal, es tan apasionado como yo, pero con la diferencia que se dedicó toda la vida a eso. ¡Es una enciclopedia con patas!, exultó. Es como el científico que puede reconstruir el dinosaurio a partir de un hueso. Le das un tornillo y te dice en qué modelo pudo haber sido usado. ¡Somos la pareja ideal! Yo consigo los trabajos y él hace la magia.

Y así siguió la cosa un rato largo, cognac mediante, explicando Hugo sus planes con todo detalle, y no hubo más alternativa que irse rindiendo ante su entusiasmo. Puede ser que funcione, me dijo Leo un rato después, ya levantando la mesa. No importa si pierde un poco de dinero, que tiene de sobra, si eso lo ayuda a retirarse. La empresa necesita aggiornarse. Todo cambia, y el consumo de golosinas, también. O te sincronizás con el mercado o marchás, y a él asumir cambios le cuesta mucho, como a todos los viejos, supongo. Más tarde, paseando por el jardín para disfrutar del fresco y del silencio de la noche, Cristina coincidió. Veo un poco la mano de mamá en esto, dijo. Ella tiene claro que papá y Leo trabajando juntos no van a durar mucho. Nos abrazamos bajo el claro de luna. Sentí su cuerpo delgado y ligero relajándose y abandonándose contra mi cuerpo. Siempre le gustó esto, que la abrazara con dulzura, como a una niña. Pero lo que se sabe, se sabe, y no deja de actuar sobre uno. Me pregunté si tendrían sexo los tres juntos. No como una rutina, por supuesto, más bien ocasionalmente. El baño de orina, y Cristina con Leo, y luego Cristina con Leo y Sonia... el mundo de deseos secretos de Cristina estallaba ante mi imaginación. ¿Era posible ignorarlo todo y seguir en el círculo cerrado de nuestro matrimonio? No, imposible tapar el sol con un dedo, tendríamos que mudarnos, irnos a vivir lejos, hacer estallar el grupo familiar. ¿Era más lo que se ganaba o lo que se perdía haciendo eso? La opción era darme por enterado, o sea, aceptar formar parte del club, e inevitablemente –no podría ser de otra manera- aceptar eventualmente el sexo de todos juntos, los cuatro. Respiré hondo el perfume de Cristina, el mismo que se puso toda la vida. Fue como si ella me dijera: Soy la misma, la misma en todas mis diferencias. ¿Qué pasa, mi amor?, preguntó levantando la cara hacia la mía. Sí, la misma, en todas sus diferencias. Besé sus labios y todo desapareció. No me pasa nada, estoy en la luna, vivo en la luna, me encanta vivir en la luna y allí quiero seguir viviendo, dije. Me devolvió el beso. No me digas, dijo.
